

## Prólogo:

*Viernes, 16 de Julio de 2004, Mediodía*

Lithiel permanecía sentada incómodamente rígida en la vieja tumbona de su tía abuela. No había muchos otros sitios en que sentarse en todo el vestíbulo debido a la gran abundancia de muebles y otros objetos que llenaban el vetusto suelo de madera como un campo de minas. En otras ocasiones Lithiel Du Fons se había reído cuando su difunta tía abuela Margarita Du Fons llamaba a aquella habitación "vestíbulo". Quizá ese había sido el plan del constructor, pero, aunque daba directamente a la calle (o a la playa, en este caso), aquel cuarto no se podía considerar sino un trastero desproporcionadamente amplio.

Sí, en otras ocasiones se había reído, pero no ahora. Reír era lo último que se le pasaba por la cabeza en ese momento. Se mantenía con la espalda erguida y los brazos cruzados sobre el regazo, y la mirada fija en un objeto al otro lado de la habitación.

-¡Qué estupenda broma tía! -habló con amargura- Supongo que nunca tuviste tiempo de contarme que guardabas ese... esa cosa. -la joven bruja se mordió el labio con fuerza- ¿y ahora que se supone que debo hacer, cargar con ella? ¿No me distéis ya suficiente responsabilidad con esa maldita herencia?

Pasaron segundos de pesado silencio, después minutos. La muchacha pelirroja se impacientaba, comenzó a golpetear el suelo con el pie. Finalmente se puso en pie, se marchaba de allí. Se levantó de un enérgico tirón, extendió los brazos y comenzó a concentrarse... y entonces oyó el rrunneo del exterior.

La isla en que se encontraba la "mansión" Du Fons, distaba unas pocas millas de la isla de Circe, algo más de la gran isla de Talos. Era bastante pequeña y estaba lo bastante alejada como para que no se la considerase parte de Paragon City, algo que no pasó desapercibido a Catherine Du Fons, bisabuela de Margarita, quien la compró y mandó edificar la casa. De hecho, los Du Fons siempre habían sabido mantenerse al margen, sin armar mucho ruido, al menos hasta Lithiel.

El helicóptero descendió lentamente en dirección a la playa, el piloto había descubierto una amplia zona despejada a unos sesenta metros de la entrada a la casa, probablemente la única en toda la isla, y decidió tratar de posarse allí. A medida que el aparato se acercaba a tierra, el aire levantado por el rotor alborotaba la arena más y más. Lithiel había salido de la casa y aguardaba en el umbral tapándose los ojos con la mano, más por costumbre que por otra cosa, ya que la arena parecía esquivarla deliberadamente.

Finalmente, a metro y medio de altura, el helicóptero se rindió, permaneció balanceándose levemente unos instantes y a continuación dos personas saltaron de él. Según se acercaban el vehículo fue elevándose paulatinamente, no aterrizaría.

La mujer que había saltado del aparato ya la saludaba desde lejos, tratando de hacerse oír por encima del ruido de las hélices. <<¡Hola!>> gritaba. Era una mujer algo más alta que la propia Lithiel, de tez clara, quizá oriental. Se aferraba a un curioso sombrero plano tratando de evitar que volara a causa del viento. <<Me llamo...>>, la

muchacha no pudo oír el resto ya que el helicóptero había hecho una extraña maniobra y volvía a estar más cerca, con el consiguiente ruido. La mujer del sombrero desistió de su intento por presentarse y continuó avanzando bajo su tormenta de arena personal. Lithiel se fijó en como sus pantalones vadeaban la arena, pensó que le recordaban a los de un antiguo traje de piloto, los llevaba incrustados en unas modernas botas de una pieza con las que caminaba pesadamente por la arena. Entonces cayó en la cuenta de que había visto dos personas bajar del ruidoso trasto que parecía empeñado en permanecer por allí.

El hombre que seguía a la mujer del sombrero era un tipo grande, bastante alto pero sobre todo de anchas espaldas, pelirrojo como ella misma, y lucía una pulcra barba. Lithiel decidió que parecía irlandés, también decidió que tendría una bonita sonrisa, aunque no podía verle bien la cara a través de la arena.

Tras lo que pareció una eternidad, el helicóptero partió, la tormenta cesó y las gaviotas pasaron a ser el sonido predominante, compitiendo con el romper de las olas.

-Lucille Takanawa. -la mujer del sombrero extendió una mano enguantada mostrándole una tarjeta, en la otra mano llevaba un pequeño maletín. La joven bruja la escrutó, decididamente era de origen asiático, pero había tenido que estar muy cerca para estar segura. Las pequeñas lentes redondeadas disfrazaban mucho sus facciones. Permaneció allí un rato, contemplando su corte de pelo, su cazadora recortada a la altura de los codos... el enorme irlandés se había colocado ya a su espalda, tenía una bonita sonrisa. Lithiel guardó la tarjeta casi sin darse cuenta, ese mediodía tenía la cabeza bastante embarullada.- James Oliver Jordan.

-¿Eh? -acertó a mascullar la muchacha mientras sacudía la cabeza.

-Es su nombre. -Miss Takanawa se acomodó las gafas sobre la nariz.- Somos arqueólogos de la Universidad de Paragon City, venimos a petición del museo... -al ver que no reaccionaba añadió- Creo que fue usted misma quien les llamó.

-Ahm... sí, sí, pasen. -Lithiel se hizo a un lado, los arqueólogos penetraron en el "vestíbulo". Ambos tuvieron la misma sensación, aunque fuera hacía un sol de justicia, al parecer la luz tenía prohibida la entrada en aquella habitación.- Ahí la tienen, adelante. -La doctora Takanawa se había adelantado a esas palabras. Nada más entrar se había dirigido como una flecha a la mesita en que descansaba la tabla de piedra grabada y había comenzado a desplegar su equipo. La joven hechicera se acercó.- Dense prisa, ¿quieren? Autentifiquenla y después... ¡yo qué sé! Quemenla, tírenla al mar o regálensela al museo, me da igual.

El doctor Jordan estuvo a punto de hacer un comentario del tipo <<¿piensa deshacerse de la tabla sin más?>>, pero Lithiel, que ya había recogido su chaqueta y se la había atado a la cintura, rectificó:

-Bueno, aunque si el museo quiere ofrecer... no sé, algún dinero por ella, pues... en fin, tampoco me negaría. -Miró a ambos sin convicción. Se giró hacia la puerta.- Es igual. -Hizo una pausa y, sin dejar de contemplar la puerta, añadió:- Les dejo, tengo... bastantes ganas de... tengo algo de prisa. -volvió a mirar hacia la tabla, donde la doctora

raspaba, palpaba y limpiaba sin descanso.- brrr -experimentó un escalofrío y salió de la casa.

Instantes después asomó por la puerta.

-Mi bolso. -se excusó algo abochornada- Lo olvidaba.

El doctor Jordan vio que estaba más cerca del bolso que ella y lo recogió, el bolso tiró hacia abajo.

-Vaya, ¿qué lleva aquí? ¿A su tía abuela?

Lithiel le arrebató el bolso con una mueca de enfado. Abandonó la habitación y, tres pasos después, se esfumó.

Lucille Takanawa meneaba la cabeza.

-¿Qué? -protestó Jordan algo molesto.

-Eres el único émpata que conozco capaz de soltar un comentario así.

-Es una bruja -aportó Jordan tras meditarlo un poco-, ¿lo sabes?

-En sentido literal, -daba la impresión de que haría falta un martillo y un cincel para apartar a Lucille de la tabla.- y de las buenas.

-Y estaba bastante azorada... -a veces Jordan cruzaba los brazos, fijaba la mirada en el suelo y se ensimismaba, dejando de escuchar a los que le rodeaban. Meneó la cabeza dándose cuenta de que acababa de hacerlo y se dirigió a su colega.- ¿Qué tal eso?

-Es falsa. No hay duda.

-Ah, vaya, no me lo esperaba. -replicó Jordan incrédulo- ¿Por qué estás tan segura?

-Porque ésta -sentenció mientras acariciaba la piedra con las yemas de los dedos-, la hice yo.

## Capítulo primero:

### *Londres, Inglaterra 1790*

Incluso una ciudad como Londres, tan bulliciosa y llena de vida durante el día, presentaba calles desiertas y silenciosas a aquellas horas de la madrugada. Algunas más que otras, claro. Lower Brixton Road, por ejemplo, carecía de vigilancia policial, lo que disuadía de pasear por ella a cualquiera que no contase con un poderoso motivo. Ni que decir tiene que la falta de vigilancia propiciaba otro tipo de actividades poco... nobles, pero estas no son de las que llenan calles, y sí de las que procuran evitar todo tipo de ruidos.

Por eso Arthur O'hara destacaba deambulando por Lower Brixton, como un jabalí destacaría en la consulta de un dentista. Se movía cautelosamente, agarrándose a la gabardina con fuerza, como si temiesen que se la pudieran robar, y mirando a ambos lados cada diez segundos de reloj.

Al pasar bajo el puente Baxter un bulto cayó a su lado, casi sin hacer ruido. Arthur no pudo reprimir un tímido grito.

-¡Aaaaah! -se echó atrás, tapándose completamente con el abrigo, como si de algún modo eso le pudiera proteger de un posible ataque. El bulto se enderezó y, a ojos de Arthur, adquirió forma humana. O'hara el tabernero estaba paralizado. La figura humana se giró suavemente, iba toda vestida de negro, en la semioscuridad de Lower Brixton apenas se dibujaba su silueta. Hasta que lo miró. Unos ojos negros le sonrieron.

Más tarde Arthur tiritaba de camino a casa, la timba en el sótano del burdel de Gary tendría que esperar, si es que alguna vez se atrevía a volver. Durante meses no podría olvidar aquellos ojos que, enmarcados en un rostro sin boca, le habían sonreído.

El fantasma casi no reconocía Londres, había estado tanto tiempo fuera que los tejados no se correspondían con el mapa de su memoria. Por eso había aterrizado a nivel del suelo, para buscar puntos conocidos mediante los que orientarse. Casi no había sido consciente de la presencia del tabernero, igual que no lo sería de si un gato había estado merodeando por allí en aquel momento, carecía de importancia.

Siguió saltando, de tejado en tejado, más despacio de lo que le habría gustado, ya que no podía moverse por instinto, como lo habría hecho años antes. Aun así, pasado un tiempo, encontró la casa que era su objetivo. Sobre la puerta un viejo letrero amenazaba con caerse al suelo desde hacía años, un letrero que había dejado de anunciar nada, puesto que era casi imposible deducir lo que había habido escrito en él si no lo sabías de antemano. El fantasma lo sabía, el cartel había dicho: <<Euripides Alquimista>>.

El visitante obvió la entrada principal. Escaló hasta el segundo, y en apariencia último piso, y separó las tablas que mantenían tapiada una de las ventanas usando un grueso cuchillo. Fue soltando los maderos de uno en uno y depositándolos en la cornisa hasta que el hueco fue suficiente para permitirle entrar.

Cualquiera que no entrase preparado para el espectáculo habría quedado atónito. El fantasma no lo estaba. En todo momento había dado por hecho que la fachada había sido un engaño en muchos sentidos. El interior no era una vieja casa inglesa de dos pisos, sino una imponente torre vestida con gruesas paredes de piedra. Cada diez pasos un símbolo mágico se ocupaba de mantener la ilusión de puertas afuera, de que el viejo Eurípides Alquimista vivía en un vetusto caserón con problemas de termitas.

El intruso comenzó a moverse lentamente, avanzando a cortos pasos y procurando sostenerse sobre la menor superficie posible. El sitio estaría lleno de trampas de todo tipo, tendría que adelantarse a ellas.

Le llevo casi una hora de meticulosa dedicación, pero fue ascendiendo piso tras piso, desactivando las trampas a su paso. Trampas mecánicas, trampas mágicas, casi todas ellas pensadas para detener a ladrones más vulgares que el fantasma... hasta aquella última.

Un enorme portón doble de madera se interponía en su camino. En la mansión de un gobernador o en una prisión rusa, eso habría sido un pequeño reto, un mero contratiempo al que sería fácil sobreponerse. En la torre de un brujo equivalía a tratar con una jauría de hienas. Acercó las manos y la oreja a la rugosa superficie del roble. Podía sentir la magia fluyendo de la madera, estaba tan saturada de ella que, o bien ocultaba multitud de pequeñas salvaguardas, o había sido objeto de un único y poderoso conjuro. El ladrón se inclinaba más por la segunda teoría con lo que se encontraba ante un dilema, ya había utilizado los dos anuladores mágicos que traía, en sendas trampas menores. Aunque de todos modos probablemente no habrían sido rival para el hechizo que tenía ante sí.

La puerta gritó y crujió armando un gran escándalo cuando fue atacada, pero eso fue todo lo que pudo hacer. El fantasma había llegado hasta allí y no iba a darse media vuelta, se enfrentaría a lo que la torre tuviese que ofrecer. Blandiendo una larga katana, lanzó tres precisos tajos y abrió un agujero lo bastante grande como para que un hombre adulto cupiera por él. Eso significaba que el hechizo no protegía el portón, sino que era una trampa aplicada sobre ella, como un cubo de agua esperando caer sobre quien la cruzase.

Quienes creen que la magia siempre es cosa de espectaculares relámpagos y chisporroteos escandalosos, se habrían quedado muy decepcionados con el modo en que el conjuro se manifestó. La energía mágica emanó del marco de la puerta en forma de un brillante polvo blanco y fue confluyendo suave y silenciosamente en un punto, tomando forma poco a poco, una forma humana.

El fantasma aguardó y observó. Frente a sí, se materializó un antiguo guerrero, con un atuendo muy específico, todo azul a excepción de unos guantes y unas botas de un blanco luminoso. Símbolos mágicos lo cubrían de arriba abajo.

-Soy Conjured Guard, tú eres una intrusa y debes morir. -el espíritu era el primero en advertir que había una mujer bajo el traje negro.

Varios asaltos se sucedieron a gran velocidad. El fantasma era más rápido que Conjured Guard y su técnica más pulcra. Esquivaba cada estocada del espíritu con fluidez y contraatacaba, casi siempre alcanzándolo en puntos vitales. Pero el guarda no retrocedía, no parecía advertir las heridas.

Transcurrido un tiempo, el fantasma comenzaba a preguntarse si había algún modo de derrotar definitivamente al Conjured Guard sin utilizar medios menos deseables, o si debía tratar de zafarse de él, por difícil que pareciera. Unos cánticos provenientes de su espalda interrumpieron sus cavilaciones.

Al otro lado del pasillo el brujo, quien se hacía llamar Euripides Alquimista y simulaba ser un vejete amable, el que había construido la torre y lanzado todos los conjuros y trampas, la había descubierto y tramaba un hechizo contra ella. <<Perfecto>> se dijo, y dando la espalda a su otro contrincante recorrió el pasillo a una velocidad endiablada. El brujo se sobresaltó, pero ya tenía la magia preparada.

-¡Prisión! -alzó las manos en dirección a la mujer y gruñó con rabia. Un relámpago amarillento surgió de sus dedos y explotó contra el cuerpo de ella. El fantasma le sonrió, el brujo no podía verlo porque una máscara tapaba su boca, pero vio sus ojos, y le sonreían.

Instantes después el fantasma contemplaba la cabeza del brujo a sus pies. El hechicero había sido un necio por tratar de aprisionarla con magia, la mujer era víctima de una poderosa maldición que la contrarrestaba. Alzó la vista hacia el espíritu y lo desafió con la mirada a permanecer allí. Un desafío al que el guarda no podía contestar, sus pies ya se desvanecían en el aire, le seguirían sus rodillas, su cintura... y finalmente su cara, con una permanente expresión de impavidez.

El fantasma guardó su arma y avanzó tranquilamente hacia la puerta. Ya nada se interponía entre ella y su objetivo.

### ***Viernes, 16 de Julio de 2004, Tarde***

Meyko era perfectamente consciente de que no iba a ninguna parte. Había dado la vuelta a Steel Canyon cuatro veces ya, vestida con su traje de superheroína, unas escuetas mallas negras y un cinturón de tela donde llevaba sus... útiles. El traje no la cubría como solía preferir, pero era parte de su papel de héroe, y ella siempre cuidaba un papel hasta las últimas consecuencias. Quien la reconociera pensaría que estaba simplemente patrullando la zona, cuando en realidad, no hacía sino decidir si debía o no buscar la tabla. Esa tabla que tantos problemas le causo en el pasado y que tanto había anhelado.

Se detuvo en una esquina. Tres miembros de la banda llamada Outcasts golpeaban a un muchacho con aspecto de universitario. A Meyko no le importaba

especialmente, pero detenerlos era una manera de cubrir su personaje de superhéroe y de ganar algunos puntos a ojos de quienes controlaban la ciudad. Por no hablar de la pequeña Meyko... no, mejor no hablar de ella.

El combate, si es que se puede llamar así a la manera en que la ex-mercenaria, ex-asesina a sueldo, ex-tantas otras cosas, acabó con los tres matones, duró menos de un minuto. Los outcasts se retorcieron en el suelo, doliéndose de golpes y cortes que ni siquiera habían visto venir, en un espectáculo bastante desagradable. La víctima de los superpandilleros seguía en el suelo, apoyado en manos y piernas contemplando la escena con ojos aterrados. Reparó en que su "salvadora" lo miraba y le devolvió la mirada, suplicante.

-No están muertos. -Meyko creyó entender lo que el joven esperaba oír. Éste asintió, sin decir palabra, alejándose poco a poco de la mujer de la katana. Cuando creyó estar lo bastante lejos, salió huyendo. Ella lo observó marcharse mientras meditaba sobre lo ocurrido.

Repentinamente algo la empujó hacia delante, algo que ella sintió como un millar de pinchazos en la espalda, y a continuación, calor. Se giró pausadamente, con su habitual expresión de "lamentarás MUCHO haber hecho eso".

Uno de los Outcasts de alto rango, uno de los que se hacían llamar Shocker, o bien Lead Shocker, flotaba a unos seis metros de ella, preparando la siguiente descarga, aunque comenzaba a notar como se le agarrotaban los músculos. Estúpidamente, hizo un gran esfuerzo para mover sus temblorosos brazos y un caos eléctrico surgió de ellos. El ataque levantó algunas baldosas de la acera, pero ni tan siquiera rozó a Meyko, quien ya estaba a una distancia íntima.

Un fuerte puñetazo hundió al muchacho con superpoderes en el suelo, noqueándolo. La mujer oriental desenvainó la katana y atacó directamente al cuello del caído. Para su sorpresa, la katana salió desviada hacia un lado.

El Shocker estaba sin sentido, el aire se había vuelto sólido a su alrededor, pero no podía ser cosa suya. Aguzó el oído y descubrió un peculiar tintineo procedente del Outcast y otro que le llegaba desde varios metros por encima de su cabeza. Alzó la mirada, una forma descendía suavemente dejando el sol a su espalda. <<Quienquiera que sea, se ha colocado así aposta>> meditó.

-¿Qué estabas pensando hacer? -la mujer voladora utilizaba un tono recriminatorio. Llamaba la atención, más que por el hecho de desafiar a la gravedad, por su inhabitual belleza. Lucía una larga melena que, evidentemente, cuidaba con gran esmero y llevaba un ligero maquillaje más habitual en una modelo que en una superheroína. También casaban más con ese rol su altura y su tipo, incluso su traje, de un violeta opaco, aunque se asemejaba al de muchas defensoras de Paragon, mostraba claras reminiscencias de una pasarela.

Meyko no contestó, analizaba el sonido alrededor de la mujer y trataba de sentir la manera en que el viento se curvaba sobre ella. Cuando estuvo a su altura escrutó su cara, probablemente la había visto en otra ocasión, pero no en persona. Aquella mujer

ocupaba un puesto en su memoria sí, pero como una figura estática... quizá en una revista.

-Tienes una identificación de superhéroe, Meyko. Se supone que debes arrestar a los villanos, nada más. -¿Meyko? ¿De modo que ella sí conocía su nombre? Interesante. Siguió investigando el campo de fuerza de la modelo en busca de un punto débil.

Isabella se sintió incomoda con el silencio y con los ojos de la mujer oriental fijos en ella, así que continuó:

-No creas que puedes actuar con impunidad. -A Isabella Mercado, Alias Mistery, no le gustaban nada los vigilantes, a su modo de ver no eran superhéroes y no merecían llevar ese nombre. Quiso apretar un poco más a Meyko y agregó:- Te he estado observando, llevas un buen rato dando vueltas por Steel Canyon, y no creo que trames nada bueno.

El rostro de la mujer de negro dibujó una expresión de leve sorpresa.

-¿Me vigilas? -inquirió con suspicacia.

-Así es. -respondió Mistery creyendo que por fin había calado en la extraña. Quizá podía aprovechar para meterle miedo, o al menos para preocuparla un poco- No te quitamos el ojo de encima, tenlo presente.

-Entonces será mejor que me marche. -aunque jamás lo admitiría, Meyko se sentía ligeramente impresionada por el modo en que Mistery le sostenía la mirada.

-Mejor. -Isabella la observó envainar el arma y desaparecer en el horizonte. Entonces suspiró. <<¡Agh! ¡Pero qué mal me ha salido! -pensó dándose una palmada en la frente- Tenía que haberlo ensayado, ya lo sabía yo. Pfff, espero que me haya tomado en serio, aunque solo sea una pizca. -caviló mirando al vacío>>.

A cientos de metros de allí Meyko archivaba lo sucedido. Ese encuentro la había ayudado a decidirse: debía encontrar la tabla.

## Capítulo segundo:

### *Amsterdam, Holanda 1793*

Los soldados que custodiaban la puerta del barrio alto no daban abasto. Docenas de campesinos y artesanos se agolpaban en hileras bastante promiscuas, pretendiendo subir a las calles en las que la orina no se lanzaba por el balcón y las ratas se contaban por docenas, no por centenares. Por eso era curioso ver como, por cuarta mañana consecutiva, un habitante del otro lado se dirigía en dirección contraria. Los guardas se apresuraron a abrir paso y procedieron a apartar a la multitud, cosa innecesaria, ya que estos huían de la nobleza como de una manada de leones.

-¡Buenos, buenos días, Lady Sallensworth! -el que saludaba era el soldado de más alto rango entre los presentes. Llevaba cuatro días siendo extremadamente cauteloso y amable, ya que el primer día tuvo cierto sobresalto al hacer un comentario sobre lo bien que le sentaba el cuero a la parte trasera de la hermosa noble inglesa. El <<Me halagáis, cabo.>> dicho en perfecto holandés estuvo a punto de tumbarlo en el sitio.

Meredith Sallensworth no respondió, su único gesto fue apartarse el cabello de la cara, todos la admiraron, tenía un pelo negro y suave, tan largo que casi le cubría la cara. La duquesa atravesó las puertas como un cuchillo atraviesa la mantequilla caliente. Aunque los presentes se quedaban más con la sensación de haber recibido un hachazo.

La joven se movía por las calles con despreocupación. Eran muchos los que la miraban de reojo y se preguntaban como se atrevía una mujer de la nobleza a deambular por allí sin escolta. En fin, si la mayoría de los aristócratas ni se planteaban asomarse por la ventanilla de su carro.

Pero ella era bien distinta. Sólo con verla caminar quedaba patente su formación militar. Se rumoreaba que su tatarabuelo, además de duque, había sido un almirante del ejército de su majestad múltiples veces condecorado. Se decía que toda su familia había sido educada bajo estrictas normas de honor y combate, incluso las mujeres.

Los rateros locales ya habían aprendido que debían evitarla. Aunque probablemente habían sido bastante lentos en entenderlo. Deberían haber supuesto que la coraza dorada y los guantes y botas de espadachín eran más que meros complementos.

La ruta de la noble era siempre la misma, salía de la parte alta, recorría los canales, entraba en uno o dos comercios al azar (para sobresalto de sus propietarios) y llegaba hasta la plaza presidida por el viejo edificio de los templarios. Después caminaba por las callejuelas más antiguas de la ciudad hasta llegar a las puertas de Amsterdam.

Aquel día algo la detuvo. En la plaza frente a la entrada de la ciudad, una multitud se había reunido. Gente de todo tipo, mercaderes, agricultores, soldados... habían detenido sus quehaceres diarios para escuchar a un charlatán vestido con un traje

gris de enormes solapas y un estúpido sombrero con forma de hongo en la cabeza. Estaba subido a un vetusto carromato y hablaba a voz en grito:

-Sí, señora. -decía sin dirigirse a nadie en concreto- ¡Este elixir regene... -se pensó mejor para quien hablaba- cura los dientes podridos! -la multitud soltó un <<¡oh!>> admirativo- ¡Este! -proclamó mientras echaba mano a una botellita del interior de su chaquetón- ¡Este hace que una barra de pan dure una semana!

-A mi ya me dura una semana. -gritó alguien. Los congregados rieron carcajadas amargas.

-¡Y este otro! -el vendedor ambulante no hizo caso de la interrupción- ¡Este es muy especial: este sirve para limpiar un alma oscura, también sirve para pulir la piedra! ¡Nos muestra cuando una empresa es estúpida y nos revela quien somos en realidad! -la gente no entendió nada de lo que había dicho, pero igualmente dijeron: <<¡oh!>>.

Pero alguien sí conocía el significado de aquellas palabras. Era la duquesa de Sallensworth, quien había conseguido su propio espacio en la parte exterior del grupo y había analizado cada palabra mientras observaba los pequeños ojos del sacamuelas mirándole bajo sus pequeñas lentes de médico.

Salió apresuradamente del tumulto, la gente se apartó a su paso como hojas barridas por el viento.

\*\*\*\*\*

-¡Adelante, querida dama! -el charlatán abrió la puerta de su carro de par en par y extendió la mano hacia Lady Sallensworth. Ella no se molestó en rechazarla, simplemente subió de un salto.

Aún no estaba convencida de por qué se había escabullido de la mansión por la noche y había vuelto a aquel lugar. Pero sabía que no podía hacer otra cosa.

El carro parecía muchísimo más grande por dentro, tanto, que pensó sería cosa de magia. Un punto a favor del charlatán. En su interior, además de varias estanterías con productos a cual más repulsivo, había algunos muebles: unos bancos sin respaldo, una mesita y dos camastros. En la mesa, un hombre de tez sorprendentemente oscura y una espalda en la que se hubiera podido jugar al croquet, deshacía una abolladura en un yelmo... con las manos desnudas.

El hombretón, quien vestía una camisa blanca con bordados, la miró sin interés y la saludó con la cabeza. Chupeteó la pipa en que estaba fumando algo que apestaba todo el carro, se rasco el pelo blanco cortado al dos, y se olvidó de ella. Prosiguió con su tarea.

-Es poco sociable, no le hagáis caso. -el sacamuelas estaba a su espalda. Cosa poco habitual, no solía dar la espalda a nadie. Se giró para mantener a ambos en su campo de visión.- Se llama Brulya, yo soy Vasili Nicolaevich. Un placer. -Extendió la mano de nuevo, esta vez para estrechársela. Ella pensó que probablemente la manera correcta de saludarla sería inclinarse y besarle la mano. No estaba allí para tonterías, así

que le alargó la mano un poco aprensiva. El la agarró con ambas manos efusivamente, con una amplia sonrisa en la boca. Ahora que lo veía de cerca comprobó que la había engañado, el pelo blanco y largo que le caía hasta el mentón, le hacía parecer viejo en la distancia, cubierto con el sombrero. De cerca se encontró con un hombre de mediana edad, con una pulcra perilla, muy arreglado, si utilizase términos semejantes, hubiera dicho que bastante guapo.- sentaos por favor.

Meredith tomó asiento en el banco que estaba libre, frente al enorme Brulya. Observó la manera en que el metal se doblaba en sus manos sin ningún esfuerzo visible por su parte.

-Es un mutante. -Brulya resopló un <<pfff>> como respuesta al comentario del doctor. La duquesa le dirigió una mirada interrogante- Ya sabe, biología. Herencia biológica. -ella no tenía ni idea de que le estaba hablando.- Algo cambió la manera en que debía crecer... -Nicolaevich no sabía como seguir- ¿Monos?

Lady Sallensworth ya no estaba segura de si le hablaba en serio, pero decidió consultar libros al respecto cuando tuviese ocasión. Un esfuerzo inútil, puesto que hasta 1866, con Mendel, no habría estudios al respecto.

-El asunto es -prosiguió Vasilii-, que es una mala bestia. Lucho en la gran guerra, ¿se lo puede creer? -la duquesa ni se lo creía ni dejaba de creérselo, puesto que la gran guerra podía referirse a docenas de conflictos recientes- Acababa con ejércitos el solito. ¡Todo un guerrero! -el sacamuelas se paseaba, parecía seguir dirigiéndose a un público, como si estuviese recitando una obra teatral- Pero acabó por parecerle injusto, ¿eh? -posó una mano sobre el hombro del gigante, éste se la apartó con un gruñido.

La mujer dirigió la mirada al orador. Prefería escuchar a hablar, y era muy buena dejando a los demás que dijeran lo que quería oír. La pregunta flotaba en el aire: <<¿Y vos?>>

-¿Yo? -Nicolaevich se llevó las manos al pecho- Yo soy mutante también. -declaró con orgullo.

-¡Tú no eres mutante, Panov! -Por primera vez desde que ella entrara en el carronato, Brulya hablaba. Y hablaba con cierto desprecio.

-¡Porque no quiero! -El doctor se inclinó hacia él dejando sus caras a pocos centímetros.

La duquesa se levantó con actitud severa. <<¿Qué comedia es esta?>> pensó, y se dispuso a marcharse. Cuando posó la mano sobre el pomo de la puerta oyó.

-Deja la tabla en paz. -la voz del doctor sonaba muy seria- Hay cosas que deben permanecer donde están. -ella se giró, <<No sé de que me habla>> estuvo a punto de responder, pero se calló.- Devuelve tu mitad o quédetela, pero ni se te ocurra intentar hacerte con la otra. -el aire de la habitación se enfriaba por momentos. Ella giró el pomo y abrió la puerta.- Dime una cosa. -Vasilii sonaba algo menos amenazador.- ¿Cómo supiste donde estaba la primera mitad? -La duquesa estuvo a punto de salir sin decir nada, pero en el último momento se volvió y contestó con malicia.

-Digamos que... el abad de Gui Yang tenía registros realmente útiles.

*Viernes, 16 de Julio de 2004, Noche*

El chisporroteo eléctrico de los cables de alta tensión era el único sonido que acompañaba a la solitaria figura que permanecía apoyada, casi inmóvil, en una esquina del barrio de The Gish. Era un tipo enorme, no demasiado alto, pero con una espalda en la que se podría jugar a golf. A simple vista, y sobre todo de noche, era imposible decidir si era de raza negra o sólo muy moreno, a pesar de que los pantalones cortos y la camiseta sin mangas dejaban una gran parte de su piel al descubierto.

A algún mendigo que paseaba por las cercanías le había extrañado la escena: Hacía un frío que helaba las ideas, y aquel tiarrón de pelo blanco y parche en el ojo, estaba descalzo, apenas vestido y fumando tranquila y lentamente un enorme puro que parecía no acabarse nunca. Pero bueno, no era asunto suyo, y en la ciudad pasaban muchas cosas extrañas, todo el mundo lo sabía.

Desde las profundidades del callejón surgió una voz femenina.

-Extraño atuendo. Pareces un profesor de aeróbic.

-Y tú pareces una maldita corista. -replicó el grandullón sin siquiera mover la cabeza. -Había muy pocos a los que Meyko consintiese un comentario semejante, Brulya era uno.- Quiere verte. -hizo un aro de humo, después una pausa- Mañana.

-¿Y si yo no quiero verlo a él?

-¡No me vengas con paridas metafísicas!

No hubo mas palabras, Brulya permaneció allí, en silencio, hasta que acabo su puro, encendió otro y se marchó.

\*\*\*\*\*

-¡Hey, hey! ¡Un momento! -Maria Svensson se levantó como una flecha tirando varios papeles y un lápiz de su mesa de secretaria al suelo.- El doctor no recibe sin cita previa.

-Tengo cita. -replicó la mujer que avanzaba como un ejército invasor a través de la recepción- ¿Por qué no mira?

-Esto... -la secretaria revolvió con toda prisa entre sus notas y buscó en la agenda. Sin levantar la vista de la misma dijo:- ¿Julia Aguirre?

-Sí. -La puerta de la consulta al cerrarse ahogó la respuesta de la intrusa.

Al otro lado de la puerta el doctor se levantó del diván luciendo una gran sonrisa.

-¡Lucy! -Avanzó hacia la doctora Takanawa con los brazos abiertos. Un gesto de esta lo indujo a detenerse.

-¡Panov, ya me estás diciendo donde...! -Lucille se detuvo en mitad de la frase. Miró al doctor Nicolaevich con expresión extrañada. Le hacía señas, un dedo frente a los labios, la otra mano señalaba alrededor... Sus labios se movieron sin emitir sonidos: M-I-C-R-Ó-F-O-N-O-S. La arqueóloga asintió, por lo que conocía al psiquiatra, eso podía ser simplemente otra de sus excentricidades, pero le seguiría la corriente, como siempre.- ¿Dónde está, Vasilii? -prosiguió con más calma- ¿Dónde está?

El doctor se giró y avanzó con largos pasos hasta quedar mirando a la calle. Tenía uno de esos despachos de la planta setenta y pico con una pared de cristales y estupenda vista al exterior.

-Ni idea. -mantenía los brazos cruzados tras la espalda en actitud desenfadada, tenía el cielo delante y a Lucille detrás. Cruzó los dedos índice y corazón de ambas manos.- ¿En el río Amstel?

-Pa... Vasilii, tú nunca le pierdes la pista.

-Bueeeno, esta vez sí. ¿Qué curioso eh? -estuvo unos segundos en silencio, había empezado a jugar con los dedos.- Yo pensaba que estaba en el museo Stamford. La verdad.- La arqueóloga estuvo a punto de replicar con enfado que ya sabía lo que había en el museo, que lo que ella buscaba no era... Pero se detuvo. Había algo que no cuadraba, ¿y si le acababa de dar una pista?

-Está bien -suspiró mientras daba unos pasos hacia la salida-, buscaré en el museo.

-¡Lucy! -el doctor se volvió de prisa, para captar la atención de la mujer antes de que se marchase. Ella se detuvo en medio del gesto de abrir la puerta y se giró hacia él. <<¿Sí?>>- Cuando vuelvas... ¿Te importa traerme un hipopótamo?

Ella se congeló por un momento, después sonrió.

-¡Claro! -respondió jovialmente. Y se fue.

El doctor permaneció un rato contemplando la puerta. Luego regresó a su posición anterior, escrutando el exterior.

-Seguro que no me lo trae.

## Capítulo Tercero:

### *Rotterdam, Holanda 1793*

Avanzaban a través de los árboles, a través de las casas y a través de las personas. Nadie advertía su presencia, nadie salvo ella los veía.

Nunca desfallecían, no necesitaban parar para repostar o descansar. Ni siquiera el fantasma podía permanecer a ese ritmo durante demasiado tiempo. Tarde o temprano le darían caza, bien cuando hubiese cruzado medio país o medio continente, pero acabarían por alcanzarla.

Ella los observaba a través de los cristales de la biblioteca. Aunque estaban bastante sucios, era una mañana especialmente luminosa y podía verlos en la distancia.

Al principio había confiado en dejarlos atrás, en que cejarían en su empeño una vez fuera de la ciudad, o bien cuando hubiera puesto suficiente distancia entre la tabla y el edificio de los templarios. Poco a poco iba comprendiendo su error. Quienes le perseguían distaban mucho de ser simples guardianes con mayor o menor devoción, eran un pequeño ejército de espíritus similares al que tuvo que enfrentarse en la torre del brujo.

Había atribuido la hazaña de convocar semejante horda a Panov, pero más tarde comprendió que los artífices habían sido los custodios del templo. Una vieja rama que había sobrevivido a la persecución iniciada por el Papa Clemente y había permanecido en secreto en los túneles bajo el edificio.

Pero el involucrar a estos si había sido cosa de Panov. Hacía tiempo que no se llevaba una sorpresa semejante a la de encontrarse al hechicero charlatán sentado en las catacumbas del edificio templario, a sólo unos pasos de la media tabla guardada allí. No intercambiaron palabras, él se limitó a observar su entrada y a comprobar que se hacía con el objeto sagrado. Ella estuvo alerta en todo momento, preparada para enfrentársele si era necesario. Después se marchó.

Mucho antes de salir de la ciudad la hueste de espectros comenzó a acecharla.

Lo que no acababa de comprender era por qué el mago no se había limitado a llevarse la media tabla con él, o por qué ni siquiera había tratado de detenerla.

Ahora todo eso carecía de importancia, el tiempo de que disponía antes de que los fantasmas irrumpiesen en la biblioteca se agotaba. Contempló el pequeño zurrón a su vera. Iba a tener que deshacerse de lo robado. Varias veces los había extraviado, pero siempre regresaban. La tabla los guiaba a ella. Lo mejor sería llevarse la parte superior, la perteneciente al brujo y dejarles la inferior. Suponía que era el foco que los atraía.

Abrió el zurrón y se encontró con algo inesperado: Las dos mitades se habían fundido perfectamente. ¿Sabría él que eso iba a ocurrir? Tuvo que pensar rápido, podía verlos a través de los cristales, solo un par de calles más allá. Dejó la reliquia en el suelo

y la observó fijamente, pasó ambas manos por la superficie, sintiendo cada grieta, cada grabado. La volteó y repitió el proceso.

Cuando la horda atravesó la última pared, encontraron la tabla reposando plácidamente sobre una de las mesas. Y nada más.

### *Sábado, 17 de Julio de 2004, Tarde*

-La tabla de Ra: Reliquia de origen egipcio probablemente saqueada de la gran pirámide de Kefren en Gizeh durante el siglo XII. Su rastro se pierde hasta que en el siglo XIV aparece en una de las antiguas sedes de los caballeros templarios en... -el director del museo paso página y siguió murmurando- ... Amsterdam ... nuevo intento de robo... bla, bla, bla... -tomó aire y suspiró- ...y Gustavo rey de Suecia la regaló a los Estados Unidos... y el Guggenheim la cedió al museo de Stamford. -cerró el robusto informe gozando de su nuevo triunfo frente a la burocracia- Este es el registro.

La doctora Takanawa había permanecido en silencio, sentada en el pequeño despacho frente a frente con aquel hombrecillo soñoliento. Lo había hecho a pesar de que conocía de memoria los detalles de la narración, puesto que los había investigado profusamente con anterioridad. Era, de hecho, el principal motivo por el que no había concedido ningún crédito a la pieza expuesta en Stamford. Ahora no estaba tan convencida.

-...pero... -continuó el director que había encontrado la parte más reciente del registro- ...según esta última entrada, la tabla no se encuentra aquí. -Lucy torció el gesto, aunque lo había supuesto era un contratiempo- Fue enviada a uno de los laboratorios Orion de Paragon City. -Orion labs se dedicaban a cosas bastante concretas, recordó ella.

-La mandaron autenticar. -no necesitaba preguntarlo.

-Aquí dice que, aunque la mayoría de nuestros expertos coinciden en su autenticidad, la aparición de una nueva copia hace aconsejable hacer un análisis químico para comprobar su antigüedad.

-¿Y por qué a Paragon precisamente?

-Bueno.. la verdad es que los más destacados en absolutamente todo han emigrado allí.

Tenía razón, Paragon City era un hervidero de mentes privilegiadas y talentos prodigiosos, por motivos obvios además.

-¿Y no tenía usted constancia de un movimiento semejante? -consultó la arqueóloga ligeramente intrigada. El la miró como si recién le hubiera preguntado si los pañales de color rosa eran intrínsecamente mejores.

-Claro que la tengo, está anotado aquí -blandió el informe que acababa de leer- ¿no? Claro que tengo acceso a la información, pero esos detalles no me incumben. -lo dijo como justificándose por su falta de interés.

-¡Gracias por todo, señor director! - Lucy se levantó velozmente y tendió la mano. Su interlocutor se quedó estupefacto por unos instantes. Después dejó caer el cuaderno y estrechó la mano a la bella joven que le sonreía. Le sonrió también. Ella aprovechó para mirar de reojo el informe, aunque estaba boca abajo pudo leer lo que buscaba. Anotó mentalmente la dirección del laboratorio.

-Si me lo permite. -añadió el oficinista -le acompañaré hasta la salida.

Recorrieron un par de pasillos sin decoración alguna, era una parte del edificio que el público no estaba destinada a ver. En cierto recodo la doctora se detuvo, la dirección que tomaba él no era por donde ella había venido.

-Le llevo a la entrada de empleados. El camino es mucho más corto. -probablemente esto era el colmo de la amabilidad en aquel hombre.

Dos pasillos anodinos más, una sala con paquetes embalados, una puerta con un guarda de seguridad. No parecía mucho más corto, la verdad.

-¿Qué ha pasado aquí? -Lucy se detuvo en seco al ver como unos hombres con monos de trabajo colocaban una enorme luna en un quicio vacío. El entorno había estado precintado, aún quedaban trozos de cinta.

-Oh, entraron por la fuerza el otro día. -contestó el director con una fascinación del cero coma tres.

-¡Vaya! Y ¿se llevaron algo?

-No llegaron muy lejos, uno de nuestros héroes locales, -al decirlo se le iluminó la cara por primera vez en toda la tarde- consiguió hacerlo huir.

-¿De veras? -la doctora estaba interesada por el intento de robo, pero el asunto del héroe parecía un camino más directo hacia la atención del director- ¡Vaya! ¡Un héroe propio! ¡Cielos! -su rostro reflejaba un asombro sincero, o fingidamente sincero- Es... ¿Podría conocerlo?

\*\*\*\*\*

-¡Socorro, socorro! -una esbelta jovencita chapoteaba nerviosa varios metros mar adentro. Al parecer trataba de avanzar, pero no lo conseguía porque estaba tan aterrada que cada dos brazadas se detenía y gritaba.

El enorme pulpo se acercaba más y más a ella, era algún tipo de criatura mutante de tamaño irreal. No parecía que nada pudiese salvar ya a la muchacha. Pero, de repente, el agua alrededor de la criatura se congeló. El bicho miró a su alrededor, aturdido, o al menos sus ojos giraron en todas direcciones. Estaba inmovilizado.

De la nada surgió un fregonazo y a continuación una figura humana. Era un hombre musculoso, de melena rubia, con un enorme tridente tatuado en el pecho, solo vestía unos pantalones pegados que le llegaban hasta las rodillas, y un pequeño cinturón multiusos. Parecía estar de pie sobre el agua, aunque en realidad había congelado una pequeña plataforma y descansaba sobre ella.

-¡Esta es mi playa, calamar! -alzó a la bella mujer con un solo brazo y cuando la tuvo junto a él señaló al monstruo con la mano libre- Ahora lárgate. -el agua se descongeló y el animal huyó a toda prisa.

-¡Muy bien! ¡Corten! ¡Toma perfecta! -hubo varios aplausos y unos cuantos hombres surgieron de los alrededores de la "playa" para desmontar el decorado. Montones de muchachas corrieron hacia el protagonista con bolígrafos y cuadernos en las manos. La víctima del calamar no soltaba a su presa.

-Dijiste que me darías tu número, Troten. -su dedo jugueteaba en el pecho del surfista.

-Eso dije, Lindsey, y lo haré. -mostró una sonrisa que derritió a Lindsey y a todas las presentes, salvo a una.- Ahora voy al camerino. -dijo alzando los brazos en señal de stop- Volveré enseguida, ¿de acuerdo? Todas tendréis vuestro autógrafo.

\*\*\*\*\*

-Ey Linds, espera fuera, ¿quieres? -Troten estaba recogiendo las cosas de su camerino, aunque en realidad no había mucho que recoger, sólo buscaba algo de tranquilidad- Ahora salgo.

-No soy Linds. -Lucy Takanawa cruzó la puerta sin ningún pudor. Esperar no era su estilo. El actor superhéroe hizo girar su silla hasta quedar frente a frente con ella.

-La doctora Takanawa, ¿eh? -dijo mirándola por encima de las gafas de sol. Advirtió que ella titubeaba y resolvió- Frankie me llamó, me dijo que venía.

<<¿Frankie? Ah, el director del museo.>>

-Así que... ¿dijo usted que quería conocerme? ¿Qué interés tiene una arqueóloga de Ciudad Paragon en un pobre superhéroe de Stamford como yo? -Troten dedicó una de sus miradas de cachorro a la visitante.

-En realidad, me interesa el intento de robo del otro día.

-¿Qué quiere saber?

-Todo lo que me pueda contar. -La cara del surfista se iluminó, le encantaba narrar sus hazañas.

-Veamos, el robo del museo... -cruzó una pierna por encima de la otra y junto las yemas de los dedos. A continuación empezó a rotar la silla suavemente a un lado y a otro. Permaneció un rato con la mirada vuelta hacia el techo, rememorando.- Eso fue la noche del Jueves.

>>Yo estaba patrullando la zona cercana a los muelles, me habían dado un soplo de unos traficantes de superadina que habían establecido una ruta suponiendo que Stamford sería mucho más seguro para desembarcar que Paragon.

>>El caso es que los tipos no aparecieron cuando se suponía, así que, tras dar unas cuantas vueltas, me largué. Algo les había advertido de mi presencia, o bien mi contacto se equivocó... no sé. -gesticuló haciendo girar la mano en señal de <<tampoco importa mucho>>.

>>Resulta que el museo me pilló de camino a casa. -señaló a Lucy y sonrió maliciosamente- No voy a decirle donde queda. -dio una vuelta a la silla- Bueno, el tío estaba saliendo por la ventana, ¡y que tío tan feo...! no creo haber visto otro más feo en... ¿Sí?

-¿La ventana estaba rota? ¿La rompió él?

-No, no... el chaval atravesó -hizo hincapié en la palabra "atravesó"- la ventana. Se hizo inmaterial, ¿Comprende? -ella asintió, aunque no cuadraba- Él salía en ese momento, y no se llevaba nada. De hecho estuve a punto de pasar de largo, porque... el pobre hombre, no había robado nada, ni había roto nada en apariencia y además... ya tenía bastante con ser ¡tan feo! -pronunciaba estas palabras no con asco, sino con simpatía. A uno le daban ganas de que Troten le llamase feo a la cara.

>>Pero luego pensé... ¡Ey, eso sigue siendo allanamiento de morada! O algo similar. Así que le grité algo así como: <<¡Eh tú, quieto ahí, vamos a hablar tú y yo!>> -Lucy pensó que más de un criminal esperaría obediente al superhéroe sintiéndose fatal por haber hecho algo malo. ¿El supercarisma estaría registrado como superpoder?- Y él me miró como a un bicho raro, pasó de mi y saltó de la ventana. -Troten se levantó de la silla y se estiró, hizo una señal a su oyente y ambos salieron de la habitación.

>>Hice lo habitual, creé un bloque de hielo, de buen tamaño, porque el tío parecía poder aguantarlo, y se lo lancé. ¡Y el muy petardo lo esquivó! -la doctora sonrió, eso sí explicaba la ventana rota. Probablemente los del museo, más que pedir que se la abonaran, se ofrecerían a pagarle daños morales a Troten.

>>Y no sé mucho más, le perseguí hasta el muelle y le dejé ir. El mamonazo volaba y yo no suelo teleportarme mar adentro, y menos de noche, te puedes perder fácilmente.

En ese momento una docena de jovencitas se abalanzó sobre Troten, placándolo contra la pared.

-Ey, ey, calma, de una en una. -cogió uno de los cuadernos, preguntó un nombre y procedió a escribir. Después alzó la vista y miró alrededor.- ¿Dónde se ha metido la doctora maciza?

## Capítulo Cuarto:

### *Amsterdam, Holanda 1807*

-Los muy patanes nunca se darán cuenta. -Panov se paseaba y gesticulaba con irritación.

-¿Estás seguro de que es falsa? -Vasilii Nicolaevich miró fijamente a Brulya, recordándole con quien estaba hablando- Sí, claro... perdona. -Ambos estaban solos en una sala completamente a oscuras, por arte de magia sólo eran visibles ellos y una esfera del tamaño de una persona a través de la que se podía observar la caja fuerte del gran banco de Amsterdam. Cuando la tabla apareció en una biblioteca de Rotterdam, en perfectas condiciones, pasó a ser propiedad del estado, quien aún no había decidido que hacer con ella- Es que... ¡demonios, es una copia condenadamente buena!

-¡No es buena! -clamaba mirando al cielo- ¡Es perfecta, eso es lo malo! ¡Incluso se han lanzado algunos encantamientos de engaño sobre ella!

-¿Y nadie es capaz de ver la diferencia?

-¡No! -consideró serenarse un poco y continuó- Tan sólo quien comprenda su poder... y aun así, sólo si la examina con detenimiento.

-¿Quién crees que ha sido capaz de hacer un trabajo así?

-No creo nada, sé quien ha sido.

-Oh... -Brulya se rascó la barbilla- Ella. -Hizo una pausa recopilando todo lo que recordaba sobre el primer robo de la tabla- Pensaba que había estado ocupada.

-Lo estuvo, le seguí la pista y puedo asegurarte que tuvo asuntos de sobra de que ocuparse. Con ese grupo... -hizo girar la mano en el aire- ...la babosa negra, o algo similar. -Brulya estuvo a punto de corregirle, pero se lo pensó mejor. El mago seguía dando vueltas y hablando- ...pero no lo suficientemente ocupada... no lo suficiente...

-¿Por qué, Panov? -Brulya contemplaba con intriga la tabla falsa, que ahora ocupaba gran parte de la esfera y rotaba en el aire- Custodias docenas de estos objetos... ¿por qué tanto interés en la tabla de Ra? -En realidad no esperaba ninguna revelación, sabía que la respuesta sería algo así como <<Uno sólo es tan importante como todos juntos>> o <<No podemos dejar que un objeto tan poderoso caiga en manos equivocadas>>.

-Porque es una piedra. -El grandullón ni se inmutó, siempre podías contar con que, en un punto u otro de la conversación, el viejo Panov escupiera algo completamente fuera de registro. Sin embargo, normalmente esas palabras escondían un significado oculto, una metáfora, un simbolismo... - De pequeño siempre quise tener una piedra. -sí, normalmente...

El hechicero se irguió, había estado inclinado hacia la esfera, cavilando.

-Esta vez tendremos que ir personalmente, Brulya, no podemos dejar que se salga con la suya. -el ex soldado resopló, <<iremos personalmente>> se refería sólo a él.

*Domingo, 18 de Julio de 2004, Mañana*

La doctora Takanawa cada vez se asombraba más de lo sencillo que era entrar en todas partes. Sólo un guarda le había pedido su identificación y lo había engatusado para entrar. El resto parecían demasiado ocupados en sus asuntos para dedicarle ni una mirada. Así había cruzado salas y laboratorios varios, y ahora llegaba al despacho del doctor Rebeillón, supuestamente quien investigaba la tabla.

Al cruzar la puerta Lucy dio un respingo, un ser mitad humano, mitad reptil se interponía en su camino. Era bastante bajito, apenas le llegaba a la cintura, y los lunares amarillos sobre verde le conferían un aspecto más entrañable que amenazador. Pero se mantenía en postura de ataque.

-No le haga caso. -Un hombre de escaso pelo blanco y rostro muy arrugado se acercaba a ellos por el pasillo. Vestía una bata de medico o algo similar y llevaba una identificación prendida a la altura del pecho. En ésta, aunque estaba al revés, se podía leer <<Dr André Rebeillón>>- Hoy está de un bromista subido.

-Graa -dijo el lagarto.

-Me llamo Lucille Takanawa, -dijo tendiendo la mano- venía a hablar sobre la tabla de Ra. -Lucille ya estaba acostumbrada a que las cosas se saliesen de madre cuando las dejabas rodar un poco por si solas, así que procuraba tomar las riendas cuanto antes.

-Ah, es usted policía, ¿viene por lo del robo? -Aquello la descolocó, así que optó por hacer un gesto ambiguo y dejarle hablar- Pase, le enseñaré el lugar. ¿Qué quieres? -el hombrecillo verde tiraba de la bata del doctor. Cuando éste le hizo caso gesticulo algo incomprensible para Lucy- Quiere que le diga que él es un superhéroe.

La arqueóloga no sabía que decir, últimamente le pillaban con la guardia baja demasiado a menudo. Farfulló un <<¡oh, que bien!>>. Ahora el reptil mostraba un rectángulo de cartón al doctor Rebeillón>>

-¿Ve? Le está enseñando su identificación.

-¿No debería orientarla hacia mi?

-Es que es un poco tímido. -empujó suavemente al pequeñajo hasta dejarlo frente a ella. Efectivamente, lo que sostenía orgulloso, era una identificación de superhéroe, <<Lagartijo Man>> decía el carnet.

-¡Oh, Lagartijo Man! -señaló cortésmente Lucy. Éste ya no le hacía caso, estaba unos metros más allá con los brazos cruzados y una expresión satisfecha, asentía.

-No se esfuerce, es bastante sordo.

El científico condujo a la visitante hasta algo que parecía un almacén de objetos extremadamente importantes y/o volátiles. Ella ya se había identificado como representante de la compañía de seguros, y por eso, decía, quería que le volviese a explicar lo que le había contado a la policía. Lagartijo Man les seguía de cerca, aunque dejando claro que no sentía ningún interés por la doctora.

-¿Por dónde empezar...? -el viejo miraba al suelo con la cabeza apoyada en una mano- Bien, sí... el robo sucedió la madrugada del Jueves al Viernes... sobre las cinco o las seis, ¿Cierto? -consultó al pequeño reptil.

Lagartijo Man, que no se había enterado de nada, alzó la mano con el pulgar extendido hacia arriba.

-Un momento -interrumpió Lucy-, ¿él estaba aquí durante el robo?

-¡Oh, sí! Las noches frías a veces se queda en el almacén, así me vigila todas estas cosas tan valiosas.

-Pues menudo vigilante... -replicó la doctora escrutando al mencionado.

Lagartijo Man, que no se había enterado de nada, alzó la mano con el pulgar extendido hacia arriba.

-Por lo que me contó, el sujeto entró a través de la ventana.

-¿Quiere decir que la abrió? ¿O qué la rompió? -quiso puntualizar Lucy, que ya suponía por donde iban los tiros.

-No, no, quiero decir que la atravesó -gesticuló con los brazos para mayor énfasis. Consultó al reptil con la mirada.

Lagartijo Man, que no se había enterado de nada, se comió una mosca.

El vídeo de seguridad no mostraba nada. El vídeo de infrarrojos dejaba claro que algo había entrado en el almacén, algo cuya temperatura corporal no se correspondía con la de un humano. El doctor André comentó que la alarma se disparaba cuando algo sobrepasaba los treinta grados de temperatura. Era una medida que permitía a Lagartijo Man pasearse por allí sin levantar alarmas una tras otra sin enterarse. Aparte de eso, las ventanas estaban acorazadas y de noche tenían guardias por todo el edificio. Pero Paragon City era un lugar en el que difícilmente se podía prever todas las contingencias.

-¿No puede decirme nada más? -Lucille se iba haciendo una idea de lo que había pasado, pero quizá podía escarbar un poco más. El doctor se dirigió a Lagartijo Man.

-¿Puedes contarle tu versión a la señorita, por favor? -Lagartijo lo miró, renuente, un poco cortado, pero a continuación dijo <<Graa>>. Comenzó a saltar, a dar volteretas, se frotó la tripa, se rascó la cabeza... giró sobre sí mismo y se tiró al suelo. Estuvo gesticulando un buen rato.

-Ahí lo tiene. -sentenció el doctor.

-¡Ah, bien! -Lucy pensó rápido. Sacó su agenda electrónica del bolsillo y apretó un botón al azar- Si no le importa, doctor, me gustaría que quedase constancia para el informe. -Le acercó la falsa grabadora a la cara. El doctor suspiró y procedió a contar lo que Lagartijo había dicho.

-Aún faltaban unos minutos para el amanecer, pero Lagartijo se levantó de su cajón porque tenía algo de hambre. Había comido tres pizzas por la noche y... -supuso que debía filtrar algunos detalles- Se acercó hasta el frigorífico, pero allí solo había bichos muertos. Así que regresó al almacén. Entonces vio que el tipo, un hombre bastante guapo, vestido de negro, hurgaba en una de las cajas. Lagartijo le saludó con la mano.

>>El intruso no le hizo mucho caso y continuó buscando. Entonces sacó la tabla. Lagartijo la señaló y gesticuló. Quería preguntarle si se la iba a comer toda o le daba un trozo a él. Entonces el ladrón se abalanzó sobre él. Probablemente intuyó que también quería la tabla. -el doctor hizo un aparte, esto era su opinión- Así que él se defendió. Lo irradió inmediatamente y lo esquivó. El tipo no parecía verse muy afectado por la radiación, pero probablemente se vio claramente superado por Lagartijo y huyó.

<<No puedes fiarte de las apariencias -pensó Lucy.>>

-Una última pregunta. ¿Le hicieron pruebas? ¿Saben si era auténtica?

-Sólo tuvimos tiempo de hacer una prueba preliminar. Radiología presumía que la tabla no cuenta con más de doscientos años de antigüedad.

Se despidieron. Lucy salió del laboratorio con un regusto amargo.

Una semana después la doctora Takanawa recibiría una rosa y un sobre con tres moscas de un admirador desconocido.

\*\*\*\*\*

Al salir de Orion Labs, la improvisada detective no estaba demasiado atenta a lo que la rodeaba. Tenía mil cosas en la cabeza, mil ideas. Conocía mucha gente en la ciudad, pero no sabía de nadie con las características de el ladrón. Estaba tan ensimismada que a punto estuvo de no evitar el ataque.

Unas garras cruzaron el espacio donde había estado su cabeza, ella se echó a un lado en el último momento, pero perdió un trozo de su sombrero.

Observó al atacante desde el suelo. Él permanecía en pie, con los brazos extendidos, las rodillas flexionadas. Una sonrisa se intuyó bajo su máscara.

Ella se levantó lentamente, manteniendo la distancia. Sabía quien era aquel tipo de las mallas azules, y sabía que era muy peligroso.

-¡Estás como una cabra, Clawer!

-Yo también se quien eres... ¿Quieres que juguemos a las adivinanzas? -inclinó la cabeza a un lado en un gesto burlón.

-¿Y te has arriesgado a matar a una inocente para probarlo? -no es que Lucy se creyese demasiado aquellas palabras, sólo trataba de ganar tiempo para decidir su siguiente movimiento.

-Confío mucho en mis intuiciones, nena. -abrió una mano y las garras desaparecieron en su dorso, en un flash cerró el puño con fuerza, las afiladas cuchillas surgieron con rabia.

Se habían encontrado previamente, en un par de ocasiones; e incluso cuando habían estado en el mismo bando, fueron encuentros amargos. El héroe de las garras era alguien a quien odiaba enfrentarse, alguien para el que el factor psicológico era una nota a pie de página. Su contrincante opinaba todo lo contrario: ella era un reto, uno de los gordos, y le encantaban los retos.

No tenía salida, si Clawer decía saber quien era, sabía quien era. Miró alrededor, aún era temprano y no había nadie en las cercanías. Lucy cerró los puños con fuerza y tensó el cuerpo, algo, sólo descriptible como oscuridad, se la tragó y una nube negra ocupó su lugar. Cuando se desvaneció, allí estaba Meyko, katana en mano, presta para el combate.

Bajo la máscara, Clawer rió, y acto seguido, atacó.

Meyko desvió las garras dirigidas a su estómago, Clawer siguió el movimiento y redirigió su puño izquierdo a la cara. Ella dio un pequeño salto atrás y posicionó la katana diagonalmente, el puño del héroe se desvió de nuevo. Él confiaba en su velocidad, y atacó una y otra vez. Siete, ocho, nueve ataques consecutivos sin pausa, aprovechando cada movimiento para encadenar el siguiente. La asesina los desviaba todos, siempre un paso por delante, con una economía de movimientos que convertía el combate en un huracán tratando de mover una montaña. Entonces, al decimocuarto ataque, las garras se retrasaron demasiado y abrieron un hueco.

Clawer realizó una pirueta, saltando varios metros hacia atrás. La espada había rasgado su máscara a la altura de la barbilla y sangraba. Se pasó los dedos por la herida, a medida que la palpaba, esta desapareció. Sonrió y atacó.

Un único ataque esta vez, un ataque fuerte, preciso, cargando todo su peso en él. Meyko lo esperó, clavó las piernas en el suelo e interpuso el metal en la trayectoria del ataque. El poderoso entrechocar de aquellas hojas que tantas bajas habían causado, que tanta sangre habían probado, estremeció a todos los que pudieron oírlo en dos manzanas a la redonda, e inquieto a otros que ahora vivían en otro mundo por debajo de aquel.

Pero ella no se movió un milímetro.

Nueve, diez, once asaltos se sucedieron, todos saldados con minúsculas heridas en el agresor. Sin efecto en ella.

Entonces el dejó de reír.

<<Estás haciendo el idiota Demeter -tras largos minutos de lucha, Clawer por fin se había detenido-, chocas una y otra vez con la misma pared. -Ella permanecía donde había iniciado la lucha, las piernas arqueadas, firmes en el suelo; la katana casi vertical, algo inclinada hacia delante, afianzada con ambas manos. Los ojos fijos en él.- Hoy no quiere jugar. Conoces esa postura, Dem... fíjate, tú no te mueves, ella no se mueve. -hacía tiempo que el impetuoso héroe mutante no estudiaba a un enemigo, llevaba muchos años atacando sin pensárselo dos veces, confiando en su capacidad para destruir todo obstáculo.

Te bloquea, se defiende. No tiene la más mínima intención de atacar. -ni Clawer ni nadie lo sabía, pero antes que ninguna otra cosa, Meyko había sido adiestrada para defenderse, y era algo que hacía con perfección. También era algo que odiaba hacer.-

Ya has hecho lo que te han pedido, y probablemente más... de hecho, creo que la bronca también te la has ganado, Clawer -los enemigos siempre contraatacaban, de hecho, solían tener más ganas de matar a Clawer que viceversa- Está bien. Dejémoslo aquí, por ahora.>>

-Habrà una próxima vez, Meyko.

-Sin duda. -ella envainó la katana y se inclinó someramente. Le dio la espalda y, pocos segundos más tarde, se desvaneció en el horizonte.

Clawer estaba contento. Anticipaba la alegría que sentiría cuando, en la siguiente ocasión, la derrotase.

## Capítulo Quinto:

### *Amsterdam, Holanda 1807*

El capitán de la guardia de palacio se adelantó hasta media sala, manteniéndose en todo momento en la línea central de la carísima alfombra de recepción. Era un salón enorme, a la vieja usanza, de cuando el estatus de los nobles lo definía tanto su título como la ostentación de sus pertenencias. En ese sentido, el duque competía en consideración con el mismísimo rey Gustavo.

-Milady. -el capitán permaneció firme a unos quince metros del trono. Dos soldados lo flanqueaban, unos pasos más atrás. Él era, con diferencia, el más pequeño de los tres, pero tal como lo miraban sus subordinados, era obvio que le respetaban, e incluso le temían.

La duquesa permaneció en silencio unos instantes, estaba sentada junto a un sillón vacío, escoltada por el chambelán en primer plano y dos sirvientas algo más retrasadas. Escrutaba a los soldados, quienes ponían en evidencia la naturaleza clásica del duque. Grandes armaduras, con apenas uno o dos detalles distintos a las que llevaban los guardias de palacio en tiempos de su bisabuelo. Enormes cascos con protección en la nariz, en tiempos en que las armas de fuego podían abrir un boquete en una coraza a veinte metros de distancia. Ridículo.

-Un hombre que se identifica como Lord Brulya pide audiencia con su señoría. -por fin el capitán habló sin esperar el correspondiente gesto de la noble. Su voz sonaba nasal a causa de la presión que ejercía el casco sobre la nariz.

-Milady, quiero hablar con vos. -Brulya había estado escuchando fuera, esperando que se le concediese audiencia, pero iba demasiado lento para su gusto. Ahora se abría paso a empujones. Empujón a la enorme puerta de roble, que se apartó como si fuera de cartón. Empujón a uno, a dos, a tres sirvientes que se encontraban en su camino.

El capitán hizo una seña. Dos lanzas se cruzaron en el camino del grandullón. Éste se detuvo, no le convenía empezar una pelea aún.

-Por favor, milady. -se inclinó e hizo una reverencia con cortesía. El chaqué con volantes hizo un tremendo esfuerzo por mantenerse entero.- Es importante que hable con vos.

El capitán miró a la duquesa, intercambiaron gestos casi imperceptiblemente. A continuación el alzó la mano y las lanzas salieron del camino. Brulya se irguió y avanzó hasta estar a la par con el capitán, quien se había colocado a su diestra. Los propietarios de las lanzas flanquearon al visitante.

-Decidme Lord Brulya, ¿qué es eso tan importante que queréis decirme? -la duquesa sonaba extraña, poco altiva, pensó el gigante.

-Puede que estéis en peligro, duquesa. -lo soltó como una bomba, todos los presentes se incomodaron, se escuchó el sonido de las armaduras al tensarse los músculos bajo ellas. - Me... explicaré. -el coloso alzó las manos hasta la altura de la cintura, pidiendo calma. El termino "diplomacia" no formaba parte de su vocabulario.- Veréis, milady... Llevo varios días siguiendo la pista de una peligrosa asesina por toda la provincia. -la noble se apretó contra su asiento al oír la palabra "asesina". Las sirvientas dieron un paso atrás, apenas quedando a la vista desde la posición de Brulya.

-¿La habéis seguido hasta aquí? -las palabras de la duquesa fueron cayendo al suelo sin fuerza. No podía ocultar que se encontraba muy nerviosa.

-No, hasta aquí no. -Brulya quiso investigar el lugar, observó al chambelán, a las sirvientas, o a la parte de estas que no cubrían las sombras. Comenzó a girarse para mirar el resto, pero sólo vio como las lanzas se apoyaban en el suelo firmemente, indicándole que mantuviera la posición. Prosiguió- Tras cruzar casi todo el país, su rastro me condujo de vuelta a Amsterdam.

-¿De vuelta? -interrumpió la duquesa. Ahora estaba interesada. Brulya no solía tratar con la aristocracia, pero no creía que fuese normal que le dejasen entrar y explayarse con tan poca oposición. Supuso que quizá le había caído en gracia, pero se mantuvo en guardia.

-La mujer en cuestión -siguió con la historia, aunque mentalmente analizaba la situación-, residió en Amsterdam durante un tiempo, haciéndose pasar por una noble de apellido Sallensworth. -la duquesa pareció horrorizada, quizá la había conocido- En realidad planeaba un robo, un robo que le salió mal en su momento y que enmendó recientemente.

>>Salió de Amsterdam y casi salió del país, pero algo la trajo de vuelta a la ciudad.

-Pero... -la duquesa no podía estar más tensa sin explotar- ...ahora ¿Sabéis dónde está?

-La vi en la plaza hoy mismo, milady. Pero se me escapó. -una de las sirvientas, como acordándose súbitamente de algo, llevó una bandeja hasta la duquesa. Ésta agarró la taza de té con manos temblorosas, pero al ver que no podía sujetarla bien, la devolvió. La sirvienta dio unos pasos atrás evitando conscientemente mirar hacia donde Brulya estaba.- Sin embargo -el coloso de tez marrón entrecerraba los ojos tratando de escrutar la oscuridad-, estoy convencido de que entró aquí no mucho antes que yo. Unos minutos... quizá media hora.

La duquesa expelió una carcajada nerviosa. <<¿Queréis que me crea la palabra de un desconocido que irrumpe en mi mansión en mitad de la noche? ¿Alguien que se hace llamar Lord Brulya (por cierto, el nombre menos noble que he oído jamás) y qué, sin prueba alguna, me asegura que una asesina ha burlado a mi guardia y entrado a hurtadillas en mi palacio?>> Meneó la mano de dentro a fuera. Los guardias procedieron a escoltar al visitante fuera de la sala.

Brulya no se resistió. Habría podido tumbar a aquellos guardias y registrar la mansión en busca del fantasma, pero armaría demasiado barullo. Además, sabía que algo raro pasaba allí dentro. Ella era una experta en representar papeles, y la duquesa no se portaba como el suponía que debía hacerlo.

-No habrá muertes aquí. -una vez el visitante fue expulsado, el capitán habló para todos los presentes.- Al menos no esta noche. -se quitó el incómodo casco y se lo lanzó a uno de los soldados.- Lo habéis hecho todos muy bien. -el rostro de Meredith Sallensworth sonreía- Liberaré al duque antes del amanecer. Ahora, si me disculpáis, tengo asuntos que tratar.

### *Domingo, 18 de Julio de 2004, Mediodía*

Dark Astoria era un sitio frío y húmedo, de eterna niebla. El doctor Jordan caminaba por allí despacio, midiendo cada paso. Había momentos en que ni siquiera podía verse los pies, pero confiaba en ese sentido suyo con que escuchaba la voz de la tierra y que le permitía saber donde estaba en todo momento.

Del fondo de la calle, o quizá de un edificio contiguo, o de cualquier otro sitio, puesto que en el viejo barrio de Astoria todo era igual, surgió una voz estentórea, después un coro que la acompañaba. <<Lu... ghe... bu...>> decían.

-Oh, bien, el panteón... -se dijo Jordan a si mismo- Todas las veces te dijeron que no entraras aquí sólo, James, pero no... -media docena de siluetas humanas surgieron de la niebla. Seis cuerpos famélicos semicubiertos con harapos de antiguos uniformes de algún ejército.- Está bien, Melektale, sólo son un puñado de zombis, puedes con ellos.

Cuando seis muertos vivientes desenfundan sus mosquetes y te apuntan, el pánico es lo más razonable. Incluso aquellos que se dedican a enfrentarse a este tipo de amenazas, no pueden evitar sentir una cierta aprensión al mirar a esos seres a los ojos. A donde deberían estar los ojos.

James Oliver Jordan habría podido prepararse un cóctel mezclado pero no agitado, si se hubiera llevado la coctelera al barrio del cementerio.

-Ahí estás... -cerró los ojos, alzó los brazos con las palmas de las manos hacia abajo y escucho a la tierra que le hablaba- A ti tampoco te gustan ¿eh? No, creo que a nadie. -abrió los ojos, los muertos alzaban sus armas- Que irónico, yo fosilizando cadáveres... el orgullo del colegio de arqueólogos voy a ser.

La tierra se alzó. Los resucitados miembros del Banished Panteon quedaron petrificados.

-Después de tanto tiempo, parece que aún se lo que me hago. -un arma fue amartillada tras su nuca- Vaya por Dios.

El disparo nunca sonó, en su lugar, un suave sonido metálico y el ruido de dos bultos cayendo al suelo.

La cabeza del zombi rodó junto a él. Melektale se giró.

-Te dije que no vinieras.

-De nada. -Meyko estaba en cuclillas, subida a una repisa.

-Creo que él ya sabe que estamos aquí, ya es difícil que confíe en mi sólo. No pienso que tú le despiertes simpatía.

-Usted tampoco. -una triste voz les llegaba desde alguna parte- No quiero ver a nadie, márchense los dos.

-Thari. -el doctor Jordan se encaró hacia donde pensaba que surgía la voz- Thari, escúchame, no puedes quedarte aquí sólo, ¡te volverás loco!

-Ya estoy loco, doctor, déjeme en paz. -las palabras eran como un rumor, parecían ser la voz de la misma niebla. Melektale dio media vuelta.

-No lo estás, sólo estás triste, desquiciado... Es normal, Thari, con todo lo que te ha pasado. -Meyko se limitaba a ser testigo, siempre había visto a James rehuir a los demás, solía preferir estar a solas, por eso la gente pensaba que no sabría relacionarse. Ahora, hablando con el joven Thariakan, parecía el hombre más amable del mundo.

-Lo que he pasado... -la niebla sonaba acusadora- ¿Lo ha leído en un informe? ¿Se lo ha contado algún amigo en el bar? ¿Cómo puede pretender que sabe lo que he pasado?

-No lo sé, pero quiero que tú me lo cuentes. Tienes que salir de aquí.

-Ya me empieza a cansar con sus visitas doctor Jordan. Le repito que no le recuerdo, dice que éramos amigos pero yo no se quién es usted... no recuerdo casi nada, ¿sabe? Y quizá eso sea algo por lo que dar gracias... ¡Lárguense, no pienso seguir hablando con ustedes!

A cubierto entre la niebla, Thariakan Opi, alias, Sombra Oscura, procedió a concentrarse para teleportarse.

Una hoja de metal en el cuello puede ser bastante desconcertante.

-No, Thari... no te vas.

Sombra oscura se asustó al ver a Meyko, más que por la katana que sostenía a pocos centímetros de él, por su aura... era algo que no había visto antes.

-Te confías mucho. ¿Y si soy más fuerte de lo que parezco?

-Me da lo mismo, Sombra. Tu no quieres un combate, quieres que nos larguemos cuanto antes. Haz lo que te pido y desapareceré.

\*\*\*\*\*

-Sí. -dentro de su amplio escondrijo, Sombra Oscura se encontraba más cómodo, su voz sonaba firme- Dark Astoria no tiene secretos para mí, si quien estáis buscando frecuente esto, entonces lo conozco.

>>Conozco este sitio como... -se miro la palma de la mano, de un color azul oscuro, pequeños e incomprensibles símbolos se dibujaban sobre ella y desaparecían. A veces le sucedía.

Melektale, que merodeaba por el panteón a cierta distancia, se sobresaltó al oír el sonido del puño de Thari destrozar una de las enormes losas de la pared.

El anfitrión contemplaba la sangre manando de sus nudillos. Sólo sentía indiferencia.

El doctor Jordan se había dado por vencido, dejaría que hablasen y se marcharían. El asunto del ladrón no le interesaba demasiado, sólo lo había creído una oportunidad para volver a intentar razonar con su joven amigo. Pobre Thari...

-¿Por qué crees que ese tipo se esconde aquí?

-Porque es un vampiro.

-¿Un vampiro?

Al otro lado de la sala, Jordan escuchaba la conversación. Eran las mismas palabras que él había dicho esa mañana.

<<-¿Un vampiro?

-¡Vamos! Fíjate en todos los indicios -Lucy estaba sentada sobre la mesa de su despacho conjunto en la universidad, el que ella nunca utilizaba- Tenemos a un tipo, vestido de negro, que tan pronto es guapo como terriblemente feo. Un tipo al que la cámara de seguridad no registra, pero sí la cámara de infrarrojos. -iba haciendo cortas pausas para dejar que su socio fuese asimilando las pruebas- Su temperatura está por debajo de la humana, vuela, atraviesa objetos...

-Espera... espera... -Jordan no estaba demasiado convencido del asunto- No sé si lo de atravesar objetos se corresponde con un vampiro... convertirse en niebla quizá... -fijó la mirada en unos papeles sobre su mesa durante un rato, después continuó- La...

referencia de un tipo guapo... Es parte de la historia del lagarto, ¿no? -ella asintió- no sé si es una opinión fiable. Mira Lucy, si estuviésemos en Transilvania te diría, "Sí, es un vampiro, no hay duda". Aquí, en Paragon, hay mucha gente que vuela y se hace invisible.

-Son muchas coincidencias, Jim. -no quería decirle toda la verdad, le había costado mucho ganarse su confianza y, hablarle de ver almas, de conversar con ellas o sentir las... no era el momento. Quien había entrado en el laboratorio no había dejado ese tipo de huella, por eso estaba tan segura - Además, está lo de marcharse al amanecer, sin razón aparente.

-Ese es un punto en contra, Lucy. Según el relato del lagarto, cuando todo terminó, lo más probable es que ya hubiese amanecido. ¿Un vampiro que resiste los rayos del sol?>>

-Un vampiro resistente a los rayos del sol... -Sombra hablaba en voz alta- Bueno, supongo que cualquiera de la Fifth Column puede...

-No -interrumpió Meyko secamente-, experimentos genéticos... yo busco a un vampiro de verdad. Además, el sol no lo mata, pero diría que tampoco se siente cómodo con él.

-Bueno... el caso es que... -Thari asentía levemente- Hay alguien así.

## Capítulo Sexto:

### *Amsterdam, Holanda 1807*

En toda su vida, nadie la había perseguido tan insistentemente. Cierto que se había encontrado con todo tipo de cazadores, ejércitos, cazarrecompensas... muchos de ellos expertos acechadores. Pero esta vez sentía que no era capaz de escapar. Incluso había dejado la tabla en la mansión, cubriéndose las espaldas por si los espectros regresaban, había dado la vuelta al país y había regresado... y él siempre estaba allí.

Saltaba de bote en bote, cruzaba pequeñas plataformas flotantes a toda velocidad, manteniendo el mar siempre a su izquierda y los muelles a su derecha. Estaba muy nublado y confiaba en que la oscuridad de la noche y la altura de los atracaderos la cubriesen. Además así solo tenía que preocuparse de vigilar su flanco derecho. Habría ido bastante más rápido sin esa preocupación por escrutar continuamente su diestra.

Entonces la madera se resquebrajó. A sus pies surgieron dos enormes y morenas manos, rompiendo la madera como papel.

Ella intentó saltar, pero la balsa se inclinaba y perdía el equilibrio. Las manos se aferraron a sus tobillos y tiraron con fuerza. La tabla se partió por la mitad y el mar se tragó a Meredith Sallensworth escupiendo un gran chorro de agua como pago.

La duquesa abrió los ojos bajo el agua. Podía ver a la perfección, todo tenía un tono verdoso y cientos de burbujitas rondaban libres, pero el agua descargada por el río Amstel siempre era muy limpia. Vio a Brulya, que tampoco parecía desorientado. Sólo llevaba unos pantalones remangados bajo las rodillas, lo que indicaba que había preparado el asalto. Se había separado de ella y buscaba algo alrededor.

Meredith notó que se hundía, así que se escurrió de la coraza y la dejó caer. El coloso parecía desconcertado, la miró. Ella le devolvió la mirada y le dedicó una amplia sonrisa. Alzó una mano con el índice levantado y meneó el dedo a un lado y a otro. No había podido saltar, pero había sido lo bastante rápida para deshacerse de la mochila en la superficie.

Unos metros más arriba, en el dique, la pequeña bolsa colgaba de uno de los puntales.

La mujer fue la primera en surgir del agua. Apareció con un poderoso salto y cayó de pie, justo en la plataforma en que había quedado enganchada la mochila.

Brulya emergió más despacio y se aupó a uno de los pesqueros que estaban amarrados allí. Se escuchó un trueno, tormenta... era igual, ya estaba empapado.

-Casi. -dijo ella echándose la bolsa al hombro- Pero no.

-Esta vez no vas a escapar.

-¿Cuántas veces me he escapado ya, Brulya? -el pelo empapado se le pegaba a la cara, se lo apartó e hizo un gesto con los ojos, fingiendo que contaba- ¿Diez? ¿Quince? -se rió.- Déjalo, grandullón... no te harás con la tabla nunca.

El coloso dio un salto imposible, desde el barco hasta el muelle, sin esforzarse. Meredith retrocedió un paso. El cabello volvió a echársele sobre los ojos, así que empuñó una pequeña navaja y cortó una de las correas de su pantalón. Se recogió el pelo con ella.

-No conoces el poder que encierra esa tabla.

-Oh... yo si sé su poder. -la katana se resistía a deslizarse en su funda. El viento frío ya estaba secando el paño de su camisa, pero el cuero de sus pantalones y el de la vaina tardarían mucho más. Un último tirón y la vieja espada resurgió.- ¿Lo sabes tú? Ah, claro, conoces la historia, sabes que la tabla engulle el alma de aquel cuyo nombre se escriba en ella. -el tono condescendiente de la duquesa era aún más frío que la noche- Pero dime... ¿Sabes que nombres hay en ella? -había ido relajando el cuerpo con suavidad, la katana tocando el suelo, la cabeza un poco ladeada. Mostró una terrorífica sonrisa. Al instante siguiente cargaba en posición de ataque, la espada preparada para matar, el gesto sereno, sólo se la intuía ligeramente molesta.

Brulya agarró un pequeño bote y lo usó de escudo. El ataque lo hizo añicos, pero perdió fuerza. El coloso agarró el trozo más grande y lo batió en el aire, pero no hubo impacto. Ella ya estaba subida a su espalda.

-¡Kefren! -barritó Brulya sacándosela de encima y lanzándola por los aires como si fuera una pelota.

Ella giró sobre si misma, redirigiendo su rumbo. Al caer flexionó las rodillas.

-¿Ehm? -musitó aún agachada- ¡Oh! El primer nombre, sí. -se levantó, se reajustó la cintura del pantalón- Me costó descifrarlo, ¿sabes? Aunque me sabía cada resquicio de memoria, no conseguía interpretarlo. Es curioso, que siendo egipcia, no esté inscrita con jeroglíficos, ¿no crees? -Comenzó a llover.

Una gota chocó contra el suelo, junto a sus botas, la siguiente fue a parar a su frente. El maquillaje se había empapado al caer al agua, y después se había secado con el frío de la noche. Ahora estaba gastado, resquebrajado. La gota surcó su rostro eliminando todo rastro de pintura a su paso. Su verdadera piel iba quedando al descubierto. Una piel tersa, de un amarillo pálido. Sin los adornos de color rojo alrededor, la forma oblicua de sus ojos quedaba patente.

-Pero cuando lo deduje, me sirvió de guía y pensé... ¿qué otro nombre podría encontrar aquí? -la lluvia se endureció, comenzó a caer con fuerza- ¿Sabes que otro nombre?

Brulya se temía la respuesta. Pero no tuvo mucho tiempo para meditarla, ella se le venía encima otra vez. Miró alrededor, nada con que defenderse, se cubrió con los brazos. Sus antebrazos habían detenido balas, pero la katana se ensañó con ellos. Tras muchos cortes, tuvo que separarlos, buscando un punto débil en la mujer para

contraatacar. Ella no se lo permitió. Una patada en la cara lo hizo trastabillarse. La empuñadura del arma le golpeó en el vientre y la hoja le seccionó el pecho. Aprovechando su desorientación, Meredith se retrasó varios metros y cargó contra él con toda su velocidad. El titán, en su caída, partió una plataforma en dos y una sección del muelle le cayó encima.

-Su error fue no enviar a los espectros una vez más. -La duquesa se marchaba.

-Los espectros no obedecen a Panov. -Brulya se enderezó con un gruñido y se sacudió el polvo de los hombros- Sólo obedecen a los templarios, y estos ya no custodian la tabla. Y no... ellos tampoco obedecen a Panov. El motivo por el que te encontraron la última vez fue tu propia estupidez.

-El los avisó. - se paró sin mirarlo- Hizo ruido... lanzó un conjuro revelador... no lo sé... Pero sí no se hubiera entrometido, yo podría haber cruzado el Benelux antes de que notasen su ausencia.

-¿Por qué tanto esfuerzo por la tabla, Meyko? -era la primera vez que Brulya la llamaba así. La puso nerviosa. En cierto modo, sólo era un nombre, uno de tantos que ella usaba, pero también era mucho más.- tu nombre... ninguno de ellos está escrito en la tabla. Entonces por...

-Está bien. -lo interrumpió, quizás hablando habría una posibilidad- Escúchame Brulya, aún tardaré un poco, pero casi he aprendido a usarla... No la quiero para conseguir poder, riquezas... ninguna de esas majaderías. No soy estúpida, sé que es peligroso hurgar en estas cosas, pero tengo que aferrarme a una posibilidad así.

Permaneció inmóvil bajo la intensa lluvia durante unos segundos, abrazando la bolsa, recordando... Su expresión altiva había desaparecido, su cara reflejaba un dolor y una tristeza tratando de ser reprimidos. Incluso conociéndola, sabiendo quien era, sólo inspiraba compasión.

-Puedo hacerlo, Brulya, sé que puedo. -un relámpago rompió el aire- ¡Sólo dejadme que lo intente! Grabaré unos nombres... unos nombres importantes: Zahyra, Sasuke, Shen Tsuang, William Sallensworth, Meyko... -conocía aquellos nombres de memoria, de hecho, le era imposible no tenerlos presentes cada momento de su vida- Sólo unos nombres... -balbuceó- sólo unos nombres... y quizá, quizá pueda librarme de ellos para siempre. ¿Qué mal supone eso para vosotros?

Brulya no podía evitar sentir algo de pena por ella. No conocía toda la historia, pero Panov le había hablado de ella. Sí no era digna de lástima, nadie lo era. Por eso le dolió más lo que tuvo que hacer.

Aprovechando el flash de un rayo a su espalda, saltó con toda su potencia contra la cintura de Meyko. Ella no estaba en guardia y no supo esquivarlo. El choque fue tan brutal que habría partido en dos a una persona normal. Ella cayó hacia delante, la bolsa salió disparada de sus manos y fue a parar unos metros más allá.

Brulya no se entretuvo, con ella aún en el suelo corrió en pos de la mochila como si le fuera la vida en ello.

La falsa duquesa aún se encontraba aturdida, pero se forzó a concentrarse. Se apoyó en ambos brazos, cruzados bajo el cuerpo, y alzó la mirada. El gigante tenía la tabla firmemente agarrada con una mano. No importaba, se dijo, la recuperaría, se la arrebataría, era inevitable. Pero entonces comprendió la escena. Brulya no guardaba la reliquia, no la ocultaba, no se marchaba con ella. Extendía su brazo tanto como podía, manteniendo la vista fija en el mar. Iba a lanzarla.

La distancia que los separaba sería de unos quince metros. Ella apoyó una rodilla en el suelo, empuñó la katana y se impulsó con la otra pierna. Recorrió diez de aquellos metros y se lanzó. Todo en un segundo.

Si Brulya no se cubría inmediatamente, la espada lo alcanzaría.

No se cubrió. La hoja le atravesó la cara, desde la boca hasta la frente, le tajó un ojo.

Tampoco titubeó, su brazo siguió la trayectoria fijada, la tabla de Ra surcó cientos de metros en el aire y finalmente cayó al agua.

Ella se revolvió, calculó la trayectoria y se lanzó al agua. Pero la mano de Brulya la agarró de un pie mientras estaba en el aire. Parte del muelle cayó al agua, cuando el cuerpo de Meyko, arrojado con descomunal fuerza, lo impactó.

La asesina se puso en pie, con furia. De momento había perdido la tabla, pero juró que la volvería a encontrar. Ahora tenía algo que resolver.

### *Domingo, 18 de Julio de 2004, Tarde*

-Dime lo que quiero saber y te dejaré en paz. -la espada de Meyko se hundía veinte centímetros en una pared semiderruida, como había montones en el barrio conocido como "Boomtown".

-¡Aaargh! ¡No! -antes de perderse en el cemento de la pared, la hoja traspasaba el hombro del vampiro llamado Drakull.

-Puedo estar así todo el día. -el sol caía directamente sobre la cara de Drakull. Ella lo había planeado así. Había encontrado al vampiro noqueando a unos miembros de la banda de los Trolls, quienes atestaban el lugar e impedían su rehabilitación. Había permanecido al margen, y cuando Drakull hubo vencido, atacó.- Estoy segura de que, a la luz del sol, puedes morir... ¿Lo comprobamos o me dices lo que hiciste con la tabla?

-¡No puedo! -cada palabra era una agonía acompañada de un grito de dolor- ¡No! ¡Puedo!

Ella asintió. Aquel no era un "no puedo" de "se trata de información clasificada" o "Johny me matara al amanecer si te lo digo". Por algún motivo le era imposible hablar de ello.

-Entonces, dime lo que puedas. -el justiciero vampiro desterró la chispita de esperanza que le había surgido y se autorrecordó el cinismo al que estaba acostumbrado. Hizo un gesto con la cara, señalando la espada. Ella negó con la cabeza.

-¡Ah, demonios! -Drakull ya estaba harto de que le trataran como a un monstruo. Él siempre se había esforzado por hacer lo correcto, pero todo el mundo le condenaba automáticamente por acarrear una maldición que detestaba. Tan parecido a Meyko y tan distinto al mismo tiempo- Está bien, esto es lo que puedo decirte:

>>Fue hace tres días. No recuerdo que estaba haciendo previamente, quizá estaba en Atlas Plaza, tratando de hacer valer mis credenciales de héroe. Me ponen interminables pegats cuando me ven. -Drakull había considerado usar los dones de engaño y de encanto que ostentaban otros vampiros, pero le parecía poco honrado- Me imagino que la cosa sólo empeorará, ya que desaparecí de repente, delante del encargado.

>>Un fulano me había invocado. -invocado... pensó Meyko, sí, un vampiro siendo invocado, suena creíble- Alegaba algún tipo de deuda de mi estirpe con la suya, o algo similar. -ah, deudas de familia, recordó Meyko, un concepto gracioso de los chupasangres. Si cualquiera de tus ancestros había adquirido una deuda y, por algún motivo no podía cumplirla, la deuda pasaba a ti. Un sistema muy divertido, pensó, para quienes de repente se veían envueltos en asuntos completamente ajenos a ellos.- Yo quise pasar de él, pero el hechizo que había lanzado se alimentaba de esa deuda, no tenía más remedio que obedecer. -El universo entero se confabulaba contra Drakull a menudo. Al menos bajo su punto de vista.

-¿Que aspecto tenía quien te invocó?

-Eso no te va a servir de mucho. -miró hacia el cielo distraídamente- Estos tipos no utilizan su verdadera forma si piensan que puedes volver a por ellos. Vamos -puntualizó-, si no vives en otro plano astral o algo así. Lo que yo vi fue un tipo de barba blanca hasta la cintura, vestido con una túnica larga de pies a cabeza, pero puede que su aspecto real no tenga nada que ver.

>>El caso es que se disculpó por haberme hecho ir, me dijo que era algo muy importante y que odiaba recurrir a aquello... pero que debía hacerlo. Y otra vez que lo sentía mucho... -hizo una pausa, recordando- y a partir de ahí todo es secre....  
¡Aaaaaaargh!

Drakull gritó del gran dolor que le producía mover el hombro a través de la katana. La hoja casi le corto el brazo, pero se había liberado. Meyko no reaccionó, no se lo esperaba.

El hombro del vampiro se recompuso, y él se elevó a varios metros en el aire. El sol se había puesto.

La capacidad regenerativa de Marc Van Doren era legendaria. No se debía a su herencia vampírica, sino que venía de más atrás. Marc era un mutante con un poder de regeneración nunca visto. Ese poder era lo que hacía que pudiese resistir los rayos del sol, aunque seguían debilitándolo. Por desgracia, la regeneración necesitaba toda su capacidad para contrarrestar el efecto del sol, quedando casi inservible. Pero por la noche, Drakull podría tragarse un cartucho de dinamita encendido y estar como nuevo en breves instantes.

El vampiro cargó contra Meyko. Siempre lo hacía, sufría con estoicismo lo que el mundo tuviese que arrojarle a la cara en cada momento, pero cuando tenía la oportunidad, contraatacaba. Así había sobrevivido a la guerra, a su maldición y a todos los que se habían ensañado con él. Y casi nadie se metía dos veces con Drakull.

Meyko se defendió, esquivó, contraatacó. Pero la resolución del vampiro era tal, que se veía sobrepasada.

Entonces una segunda hoja rasgó el aire.

Drakull saltó a un lado. Conocía aquella espada y conocía la cara de su portador. El Cazador.

-Será mejor que te marches. -la expresión seria de Dante, El Cazador, contrastaba con su habitual jovialidad. Por la manera en que se miraban, estaba claro que habían chocado otras veces.

-¡Soy un héroe, maldita sea! -Marc estaba indignado- ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

-Lo sé... Por eso, lo mejor es que te marches.

El vampiro asintió, sin convicción. El Universo volvía a confabularse contra él. Bien, ahora se iría, pero no dejaría las cosas así. Como siempre, era el Mundo contra Marc Van Doren, y si no ganaba, al menos se aseguraría de ponerle las cosas difíciles.

Transcurrieron unos minutos de silencio. Meyko se volvió al recién llegado. También ella sabía quien era.

-¿Y bien?

-Aún estoy decidiendo si eres alguien a quien eliminar o a quien ayudar.

-Creo que ya has tomado esa decisión hace un momento. -pensó qué podía decir para abrir esa coraza que Cazador se calzaba cuando hacía su trabajo- Tu maestro no pensaba lo mismo.

-Tú no conociste a mi maestro. -Dante hablaba más por intuición que por conocimiento.

-Quizá no. Quizá no era tu maestro sino el maestro de tu maestro... o el maestro de aquel. -No mentía, en su larga vida Meyko se había encontrado con varios cazadores. La mayoría habían sido encuentros violentos, e incluso había matado a uno de ellos.

Hubo otro silencio.

-Robó en un laboratorio. -Meyko quería trasladar la conversación a Drakull.

-Lo sé. Lo vigilo. -Una de las cosas que Cazador iba aprendiendo, era que necesitaba muchos contactos en la ciudad si quería realizar bien su trabajo. Al principio le había dolido dejar suelta a alguna de aquellas criaturas de la noche. Pero a la larga, le servían para acercarse a los verdaderos monstruos.

-¿Eso hacías esta noche? ¿Vigilarlo?

-Ehm... -Cazador pensó que ahí tenía la oportunidad de explicar su presencia- Sí, eso hacía. - Una mentira evidente, se dijo Meyko.

-¿Y puedes rastrearlo? -esa era una de las cosas que podía hacer el Cazador según experiencia de Meyko. Seguir el rastro de un vampiro debía ser fácil.

-Creo que es mejor dejarle en paz.

Otro silencio. Entonces ella tuvo una idea.

-¿Y podrías seguir el rastro que dejó la noche del robo?

-Hmmm, quizá, ¿pero por qué debería hacer eso?

-Porque... -Meyko pensó, ¿qué tenía ella que él pudiese querer?- Como pago podría darte una lista con los nombres de los cazadores de los últimos trescientos años.

Cazador se sorprendió. ¿Para qué podía querer él esos nombres? Claro... comprendió, él había perdido a su maestro demasiado pronto. Aunque comenzaba a arreglárselas bien el sólo, anhelaba algo de guía, alguien que le dijese qué estaba bien y qué mal. Cual era, en el fondo, su papel. Si podía encontrar la historia de aquellos hombres... si podía aprender de ellos...

## Capítulo Séptimo:

*Lunes, 19 de Julio de 2004, Mañana*

-...entonces los Oltecas degollaban a la víctima elegida para el sacrificio, y como verán en esta imagen... -con un chasquido, en la blanca pantalla se proyectó una diapositiva muy explícita de una mujer semimomificada- ...quemaban ciertas partes y ofrecían el resto, junto con el espíritu de la víctima, al dios Tlaloc. -Lucille apagó el proyector y miró en derredor. Docenas de caras asomaban sobre los pupitres colocados en distintos pisos que llenaban el hemiciclo. Los estudiantes de "arqueología 2B" mostraban gestos entre la estupefacción y la náusea.- ¿Alguna pregunta? -en la décima fila una mano se alzó tímidamente, pero enseguida desapareció- Bien... entonces hemos terminado, todos fuera.

Los estudiantes fueron abandonando ordenadamente la clase. Todos, más o menos disimuladamente, miraban a Lucy al salir.

La doctora Takanawa se entretuvo recogiendo sus apuntes y las diapositivas. Había alguien contratado por la universidad, el conserje probablemente, que se ocupaba de guardar el material lectivo, pero eso la mantenía ocupada mientras el lugar se vaciaba.

-¿Te has divertido? -era el doctor Jordan, se había abierto paso a través de la marabunta de estudiantes y se acercaba al estrado mostrando una sonrisa burlona- Ya te he enviado lo que pediste, creo que no tardarán en llevártelo.

-Bien. -ella le dedicó una mirada fugaz mientras se inclinaba para guardar la carpeta de los apuntes en el maletín- Entonces tengo algo de prisa.

-Doctora Takanawa... -un hombre bajito y vestido casi para ir a una boda surgió de la nada. Cuando se cercioró de que Lucy le miraba volvió a empezar- Doctora Takanawa, no me ha dado usted mucho tiempo para... -buscó la palabra adecuada- gestionar lo de su clase. Verá, no está usted incluida en el programa, ni aparece en la lista de profesores de la rectoría y...

-Decano López -Lucy lo miraba directamente a los ojos, tenía prisa y se lo estaba transmitiendo-, creo que ser la asociada del doctor Jordan me capacita para impartir clases en la facultad, ¿me equivoco?

-Sí... quiero decir... no, no se equivoca pero...

-Bien. -agarró su maletín y se marchó.

<<Que mujer tan peculiar -pensó el decano viéndola marchar.>>

Medio metro más arriba, la cara de Melektale reprimía una carcajada. Lucy tenía la facultad de dejar atónito a cualquiera. Volvió a repasar mentalmente la conversación de la mañana. Normalmente James escuchaba las palabras en una conversación como

mero apoyo a lo que escuchaba su empatía, pero con ella ese sentido se cegaba y las palabras lo eran todo. Así que a menudo repensaba cada frase para asimilar todos los detalles.

<<-¿Lo rastreó hasta la universidad? -había dicho él.

-Hasta el vestíbulo.

-¿Y después?

-Después regresó a Astoria. Encontramos su cubículo, pero se había llevado todas sus cosas.

-¿Y qué supones? ¿Se llevaría la tabla con él?

-No. -Lucille era tajante- Créeme, a Drakull el asunto de la tabla se le atragantaba bastante. Creo que deshacerse de ella le supuso un alivio.

-¿Y no crees que el Cazador pudo engañarte?

-Hmm, no... No creo que sea tan buen actor. -unos pelos rebeldes se le resbalaron sobre la mejilla. Se los recogió distraídamente tras la oreja- Creo que el vampiro dejó la tabla aquí.

-Pero... ¿Qué hay en el vestíbulo?

-Los buzones.

-¿Dices que crees que el invocador le ordenó que se lo echase a un buzón? -ella no respondió, estaba claro que sugería eso. James cruzó los brazos y miró al suelo.- ¿Y qué piensas hacer?

-Dar una clase.>>

Alguien llamó a la puerta del despacho.

-Adelante. -La doctora Takanawa estaba sola en el despacho conjunto.

-¿Se puede? -Gary Denholm acostumbraba a pedir permiso incluso cuando ya se lo habían dado. Había muchas manías entre el claustro de profesores, y era mejor cubrirse las espaldas. La puerta se abrió, empujada por un carrito de cuatro ruedas y tres pisos. El carro iba repleto de sobres y paquetes. Tras él, apareció un joven atlético y apuesto de raza negra- Traigo un paquete para la doctora... -el repartidor cogió un bulto bastante grande y pesado, de forma cuadrada. A continuación le dio varias vueltas.- ¿...Yurikawa?

Lucy rió. La letra de James era más críptica que los jeroglíficos que estudiaba. A menudo pensaba que se había equivocado de carrera y debía haber sido médico.

-Lucille Takanawa. Soy yo.

-Muuuy bien. -Gary lanzó el paquete a las manos de Lucy, como si fuera una pelota.- Aquí tiene. -ella lo atrapó al vuelo con un movimiento suave y le lanzó una mirada entre sorprendida y divertida.- Un momento... -el chaval se acarició la barbilla con la mano- ...usted es la nueva profesora de la que la peña está hablando ¿no?

-Vaya. Parece que aquí las noticias vuelan.

-¡Oh, ya lo creo! -exageró la frase con un tono simpático y un gesto girando los ojos hacia arriba - Noticias como usted sobre todo.

-¿Cómo yo? -Lucy parecía intrigada- Dime... -señaló al chaval con el dedo.

-Gary.

-Dime, Gary, ¿Qué tipo de noticia soy yo?

-Bueno... Espero que no se lo tome como una falta de respeto. -ella frunció los morros y bajó las cejas mientras sonreía- Verá, la mitad del campus dice que es usted terrorífica, y la otra mitad dice que es usted inspiradora. Eso sí, todos los tíos concuerdan en que está usted que tumba para atrás.

Lucille desenvolvió el envoltorio con soltura, al ritmo de una risa simpática.

-Y ahora, si me disculpa, tengo mucho que repartir antes de... ¿pasa algo? -se podía leer la consternación en el rostro de la doctora.

-Este.. no es el paquete que estaba esperando. -lo dijo con rabia comedida- ¡Maldita sea! ¡Y ya llegaba con tres días de retraso! Me aseguraron que el Viernes estaría en la universidad. ¡No puedo entender que ha pasado con el estúpido paquete!

-Ey, ey... -el repartidor meneaba las manos pidiendo calma- Si me explica su problema, a lo mejor hasta puedo ayudarla. Yo reparto el correo del ala Este de la universidad, si ha habido algún traspapelado o similar, quizá pueda averiguar algo.

-Eres muy amable Gary... -Lucy le miró como quien mira a un ciclista que se ofrece a llevar a tu tío de 200 kilos a dar un paseo. El se sintió ligeramente ofendido.- Aunque te haya llegado, no creo que lleves la cuenta de todo lo que cae en tus manos.

-¿Un paquete como ese? ¿Pesado como un aria de Pavarotti y grande como las espaldas de O'neal? Lo difícil sería olvidarlo.

-¿Y entonces?

-¿Entonces qué? -Gary estaba recreándose en su analogía- ¡Oh, oh! Sí, la verdad es que recuerdo un bulto así. ¿El Viernes, verdad? Sí, creo que se donde fue a parar.

\*\*\*\*\*

-¿Seguro que no le importará que le molestemos ahora? -la doctora Takanawa y Gary Denholm avanzaban con el carrito a toda velocidad por los pasillos del edificio de Matemáticas.

-¡Oh, seguro que no! El profesor Müller es un tío muy simpático. Al principio "acojona" un poco, pero cuando le conoces te acaba cayendo bien. -el pasillo de los despachos se hacía largo, Gary pensó en algo más que añadir para evitar el silencio- A veces se ha cabreado conmigo porque dice que me he cargado su "polimerizador fotoextásico" o algo similar, al echárselo por la ranura del correo. Pero enseguida se le pasa el cabreo, dice que soy muy alborotado, pero que me considera un buen exfoliante. -ella lo miró extrañada, él hizo un gesto <<no pregunte>>.

>>¿¡Qué está pasando ahí!? -el despacho del profesor Müller era famoso por ser una pequeña zona de catástrofes, pero cuando tocaba alguno, siempre aparecía un letrero en la puerta especificando "Zona peligrosa, no miccionar". Por eso, Gary se asustó un poco cuando escuchó los aullidos al otro lado de la puerta y las luces brillantes y parpadeantes que podían intuirse a través del cristal. Lucille no titubeó, abrió la puerta de una patada y desapareció dentro.

Finalmente Gary reaccionó y entró. Una especie de espectro le devolvió la mirada, pero no pareció muy interesado en el recadero. Entonces desapareció por un gran portal de luces que flotaba en medio de la sala.

### *Lunes, 19 de Julio de 2004, Tarde*

Meyko y Alpha Centauri avanzaban cautelosamente por los laberínticos pasillos de Oranbega. Tras ellos iban dejando un reguero de hombres inconscientes. Eran magos y guerreros pertenecientes al Circle of Thorns, una antigua sociedad mágica de gran poder.

-Ha sido muy amable por tu parte bajar a rescatarme, Gary.

-¡Bah!, ¿qué otra cosa habría podido hacer? Aunque si hubiera sabido que se las arreglaba tan bien, creo que me lo habría pensado antes de lanzarme por aquel agujero. -el superhéroe armado llamado Alpha Centaury cayó de repente en la cuenta de algo y apostilló titubeante- Y... eh... ¿quién es ese Gary del que habla? -Meyko le adelantó y se introdujo en el siguiente pasillo sin dedicarle una mirada. Era bastante obvio que no colaba.- ¡Oh, mierda! Venga, está bien: Usted no cuenta mi secreto y yo no contaré el suyo, ¿de acuerdo?

-¿Qué secreto?

-Eso, sí, ¿qué secreto? Ninguno, por supuesto. ¿Tú tienes secretos? Porque yo no tengo... -Gary se interrumpió bruscamente. Meyko se asomaba a la gran habitación al fondo del pasillo y le pedía silencio mediante gestos.

-Lo hemos confirmado. -un viejo mago ataviado con caras y coloridas prendas hablaba con una cara flotante- La tabla, al menos la que estuvo allí, ha desaparecido. Quienquiera que se la llevase no ha dejado ninguna pista, aunque esperar tres días ha podido costarnos perder el rastro. -el mago presente parecía echar en cara a la cabeza lo que parecía ser un problema de burocracia- Además, tenemos dos intrusos aquí abajo, dos de los llamados "héroes", y estarán aquí en cualquier momento.

-Envía algunos seguidores con bandera blanca, Azhureth. -la cabeza parecía querer hacer un control de daños- Negocia con ellos, no nos interesa tener bajas con este asunto. -súbitamente, el rostro se desvaneció en el aire.

-Aceptamos tu bandera blanca, Azhureth. -Meyko entró en la sala con decisión, tomando por sorpresa tanto al mago como a Alpha Centauri. El mago fue el primero en reaccionar, obviamente estaba más hecho a aquello que el joven justiciero.

-De acuerdo. -Azhureth sonaba poco fiable, hablaba lentamente, como si estuviese maquinando algo. Pero todos los grandes magos de Circle of Thorns sonaban igual.- ¿Qué es lo que queréis?

-La tabla. Quiero saber dónde está, cómo supisteis que estuvo en el despacho, y cualquier otra cosa que puedas decirme.

-Muy bien... pero primero -señaló al pasillo-, que tu amigo salga a la luz. -lenta, pesadamente, Alpha arrastró los pies hacia el interior. Solía pensar muy rápido, pero a veces, sin darse cuenta, se dejaba arrastrar por gente como Meyko.

>>Ahora... la tabla de Ra... ¿Sabéis siquiera de lo que estamos hablando?  
-Azhureth, quien contaba con casi cien años de experiencia y había lidiado con demonios y espíritus durante gran parte de esos años, había sobrevivido y había ascendido gracias a su eterna convicción. Una mirada a los iracundos ojos de la visitante lo convirtieron por unos instantes en un pobre hombre confuso. Al recuperarse, dejó de tener ganas de ser condescendiente o de irse por las ramas.

>>El Viernes por la mañana -Comenzó con voz mecánica- alguien condujo nuestra atención hacia la tabla. Contactó con uno de nuestros magos menores y le advirtió de que aparecería en el despacho en cualquier momento. -ese "mago menor" había sido ejecutado por su negligencia al no averiguar nada sobre el informador- Así que, como medida cautelar, creamos un vínculo hacia ese lugar, rastreando cualquier energía mágica que pudiese surgir.

>>Algo llegó. Pero no era la tabla de Ra. Tenía el mismo aspecto y atesoraba ciertos encantamientos bastante interesantes, pero ni de lejos poseía el poder de la tabla.

>>De todos modos, no duró mucho. Esa misma mañana captamos un uso de energías mágicas en el despacho que no supimos identificar, y después, súbitamente, la tabla dejó de estar allí. -Azhureth meneaba la cabeza con gesto serio. Eso era todo lo que iba a contar.

-¡Cuidado! -era Gary, quien había recorrido la pared de la sala hasta quedar frente a frente con Meyko y a espaldas del mago, aprovechando que este no podía apartar la vista de ella. Extendía ambas manos y de ellas brotaba una intensa llama anaranjada que cruzaba la habitación a gran velocidad.

Meyko se agachó y, tras ella, un Behemoth quedó calcinado.

\*\*\*\*\*

-¿Y escapasteis sin más? -el doctor Jordan y la doctora Takanawa tomaban café en su despacho. Lucille tecleaba algo en el ordenador y el había colocado su silla giratoria frente a ella.

-Tuvimos que abrirnos paso. -Meyko no perdía de vista la pantalla de su pc, su mayor virtud siempre había sido su capacidad para adaptarse, pero aquellos trastos aún se lo ponían difícil- Si quieres que te diga la verdad... -alzó la mirada y levantó la taza de café para tomar un sorbo- ...yo creo que Alpha estaba algo nervioso. Creo que la situación le sobrepasaba y se excedió. -se encogió de hombros- O quizá no. Ya sabes que el Circle of Thorns no es famoso por respetar sus tratos.

-¿Y ahora qué? Has perdido la pista de la tabla falsa. -James se tomó uno de sus momentos- Aún no sé por que no trataste de dar con la verdadera.

-Quizá porque nunca tuvimos indicios de que la verdadera estuviese en ninguna parte. -aparcó el café, había encontrado lo que buscaba- Si esto es lo que creo, habré dado con ambas.

Leyó con detalle la nota en forma de mensaje electrónico que había circulado el Jueves por la tarde. La firmaba una tal Natasha Sommers, editora del Magic Mirror. Era una nota preliminar en la que hablaba del hallazgo hecho en la mansión Du Fons durante una entrevista rutinaria a una de las heroínas de la ciudad. Daba algunos detalles acerca de su historia, sus supuestos poderes y su leyenda. Finalmente, hablaba de la mansión y mencionaba su localización. El mensaje había llegado a otros editores, después a expertos en esoterismo, arqueología... luego había llegado a museos y universidades varias... Todo el que estuviese interesado tenía su copia.

-He ahí el motivo. -Lucy recogió su sombrero y se levantó- Ya sé quien es, Jim, sé quien tiene la tabla.

## Capítulo Octavo:

*Martes, 20 de Julio de 2004, Madrugada*

Subiendo en el ascensor ya empezó a sentir una irritante sensación en la nuca. La verdad era que llevaba cuatro días de inquietudes y de sobresaltos fáciles. Supuso que volvía a pasarle, así que decidió desechar el sentimiento y olvidarse de la tabla por un rato. No funcionó. Había decidido eso mismo un centenar de veces en los últimos días, pero era incapaz de quitárselo de la cabeza.

Llegó a su piso, el veintiséis. Solía reírse con sus amigos, a todos les parecía gracioso como parecía que nadie que viviese en un rascacielos, lo hacía en un piso por debajo del quince.

Abrió la puerta, la preocupación nubló su mente. Algo pasaba, aquello ya no era fruto del estrés. Sin embargo, el piso, bañado sólo con la luz que llegaba del exterior, parecía vacío y el salón/recibidor estaba extremadamente desordenado, igual que lo había dejado al irse. Ropa por todas partes, libros abiertos sobre cada mesa, su colección de cd s esparcida en el suelo frente a la minicadena... Nada estaba fuera de lugar, o no más fuera de lugar de lo que solía estarlo.

Caminó entre el campo minado que era su suelo. Se lo conocía de memoria, llevaba tanto tiempo así que ya se había propuesto ordenarlo... ¿cuantas? ¿cien veces? Algún día lo haría.

Cerró los enormes ventanales tras echar un vistazo fuera. Hacía fresco, sobre todo a esa altura, y la ciudad dormía. Dormía tanto como puede dormir Paragon City. Incluso a esas horas de la madrugada, miles de almas rondaban las calles, cada una con sus motivaciones y sus vidas.

Bueno... ella estaba allí, decidió. No había dejado las ventanas abiertas al marcharse, eso lo sabía. También sabía que ella no había sido tan descuidada de dejar pruebas de su presencia sin pretenderlo. Quería que supiese que había entrado.

Avanzó con pesadez hacia su cuarto. Sus pies parecían atados con cadenas.

Por una parte, esperaba que ella aún estuviese allí, lo que le daría la oportunidad de disputarle la tabla, de luchar por ella. Por otra... deseaba con todas sus fuerzas que hubiese cogido la tabla y se hubiese marchado. Ya había hecho mucho para protegerla, si se la conseguía robar... ya no era asunto suyo.

No, ni siquiera conseguía auto convencerse.

Su habitación era una versión desordenada del salón. Estaba completamente a oscuras, y eso le hacía un gran favor a su aspecto. Podían intuirse bultos y formas, pero lo único que de verdad era visible, eran los ojos de ella, observándole desde el rincón.

Trató de encender la luz. No pudo, el interruptor había desaparecido. Así que hizo su propia luz.

Alzó su mano derecha hasta la altura del pecho y sopló. Miles de lucecitas blancas volaron por toda la habitación.

-¡Hola, Lithiel! -dijo Meyko, quien permanecía sentada en la cama.

Lithiel Du Fons venía de tener un día libre. Llevaba vaqueros y una camiseta, y se había librado de su sempiterna coleta. Noche de baile, se dijo, debía ser una noche de baile y no de magia. Automáticamente dirigió la mirada a la caja fuerte, al fondo de la pequeña habitación. Estaba abierta, pero la Tabla de Ra seguía dentro. No la había pillado in fraganti, sino que la estaba esperando.

-¿Vas a luchar por la tabla? -preguntó la intrusa como quien pregunta <<¿quiere mostaza con el perrito?>>

-Debería hacerlo. -La bruja se sentía cansada. Ni siquiera la noche de fiesta le había servido para relajarse, habían sido cuatro días de pesadilla.

-Entonces, hazlo.

Unos restos de adrenalina recorrieron el cuerpo de la joven hechicera. Lo daría todo por proteger la reliquia, era su deber.

Tres imágenes humanoides surgieron de la nada y se abalanzaron sobre Meyko. Lithiel lanzó un conjuro de pesadez para la intrusa y se desvaneció en el aire. La luz que había conjurado desapareció cuando ella se teleportó al salón.

Instantes más tarde Meyko apareció por la puerta caminando con tranquilidad y se sentó en el sofá, a su lado.

Lithiel no quería luchar, lo que quería en aquel momento era un café. Permaneció inclinada, con la cara apoyada en ambas manos. Meyko cruzó las piernas y se acomodó.

-¿Cómo supiste lo de la deuda del vampiro con tu familia? -en respuesta, Lithiel señaló uno de los libros sobre la mesa con la cabeza. Era el diario de una de sus antepasadas, Beatriz Du Fons.

-Yo... pensaba que invocaría un vampiro... -la brujita parecía arrepentida por aquello- Nunca imaginé que fuese a comprometer a un héroe en esto.

-Sí... Drakull estaba bastante molesto contigo. Aunque él no sabe quien eres tú. No pudo ver a través de tu ilusión del viejo mago. -recordó lo que sabía de la hechicera-Lithiel Du Fons, maestra de las ilusiones, ¿verdad?

>>Además -prosiguió- hacerle dejar el paquete en el buzón a nombre de Fritz Müller, te cubría aún más las espaldas ¿eh? Jamás relacionarían al vampiro ni al robo contigo. -la miró, parecía bastante apática ante el relato- Aunque, pregunté en recepción, parece que has visitado más veces al profesor Müller. Sois amigos, ¿cierto?

-Conocidos. -Lithiel no quería comprometer la identidad secreta de Mull.

-Sí... conocidos. Apuesto a que por eso sabías que el profesor no aparecería por allí aquella mañana. -Meyko se estiro e hizo crujir su espalda- ¡Oh! Y la jugada de involucrar al Circle of Thorns para desviar la atención... ¡Una gran idea! Pero ¿no pensaste que quizá se te adelantarían en el despacho?

-No les di tiempo. -la cara de la maga se iba hundiendo entre sus manos. Sólo deseaba irse a dormir y olvidarse de todo.- La burocracia del círculo es... son muy lentos para trazar planes ¿sabes? Creo que es lo que pasa cuando una organización se hace tan vieja.

-Era un gran plan.

<<¡Oh sí! -pensó ella- Sí, eso pensé yo en su momento, pero ahora...>>

-No sé si yo hubiera seguido tu pista, de no haber cometido tú ese error. -la heredera Du Fons alzó la mirada, ¿qué error?- Enviaste a varios miembros de tu supergrupo para que me vigilaran. No entiendo a que vino eso.

La pelirroja se frotó los párpados con fuerza y bostezó. Mostraba unos cansados ojitos.

-Conjured Guard me previno contra ti. -Meyko hizo memoria, hacía mucho que no oía ese nombre- Me advirtió de quien eras, y de que probablemente irías a por la tabla. -Lithiel se calló, mientras ordenaba sus pensamientos.

>>Mystery y Cazador son buenos amigos. Les pedí que te vigilaran, no les dije por qué, sólo que... tenía motivos para pensar que eras peligrosa. -la miró como pidiéndole perdón- ¡Oh! Y Clawer... Clawer debió escucharnos. Más tarde se acercó a mi y me dijo que el se hacía cargo, yo le dije que no hacía falta, pero sin contarle la verdad... no supe convencerlo.

-Supongo que la consigna era "asustarme", "hacerme saber que no se me quería investigando la tabla"... -se levantó del sillón- Está claro que no me conoces. -dio unos pasos, se fijó en uno de los diarios y se volvió- Cuando todos los indicios apuntaban a ti, cuando te perfilaste como la pieza que faltaba en el puzle... Me pregunté por qué. Si la tabla apareció en la mansión que heredaste... por qué no limitarte a guardarla en silencio, para qué todo ese montaje...

>>Entonces recordé la nota de internet. La tal Natasha Sommers debía estar presente cuando la descubriste, ¿verdad? No pudiste ocultarle lo que era, sobre todo siendo ella editora de una revista sobre magia. Imagino que la reconoció enseguida.

<<La maldita entrevista -recordó Lithiel-, la estúpida entrevista a la que nunca debí acceder. ¡Qué cara de idiota se me debió quedar cuando desembalé la tabla delante de aquella pseudo bruja cursi!>>

-Tuviste que montarlo todo. -continuó Meyko- Tuviste que hacer desaparecer la tabla verdadera, y para eso, lo mejor era sustituirla por la falsa. Que después se descubriera que era una copia o no, era lo de menos. Que la robasen o que acabase en un museo, lo importante era distraer la atención de la autentica.

-¿Qué vas a hacer? ¿Te la llevarás?

-Sí... No está segura en tus manos.

-¿Y en las tuyas sí?

-Pues... -Meyko recapacitó un momento- No, supongo que en las mías tampoco.

## **Epílogo:**

*Martes, 20 de Julio de 2004, Mediodía*

-¿Quieres que la tengamos nosotros? -Senda no daba crédito a sus oídos.

-Así es. -Lucille sostenía el objeto de la discordia con ambas manos. El resto de la LCP, o al menos los miembros que estaban presentes, la observaban atónitos. Todos estaban más o menos al tanto de lo ocurrido y se habían quedado de piedra al ver aparecer a la doctora Takanawa como lo había hecho. Había llamado a la puerta.

-No lo entiendo. -Darien Monroe, el héroe conocido como Senda, se llevó una mano a la cabeza y se rascó el cabello. Ofreció su mejor gesto pensativo.- ¿A nosotros?

-Sois el único grupo de la ciudad del que no desconfío plenamente. -era lo más cercano a un cumplido que Meyko podía hacer fuera de personaje- Y creo que... -dirigió el comentario directamente a Lithiel, que la observaba con cara incrédula y ojeras desde el fondo de la habitación- ...creo que es demasiada responsabilidad para una sola persona.

-Bueno, siendo así... -Senda se adelantó un paso- Pero ¿A nosotros? -su cara era la definición de la perplejidad- Vale, vale... ya lo dejo. En fin... -extendió las manos.

-La verdad es que... -dijo Lucille retirando la tabla- No precisamente tú. -caminó hacia Clawer, que había permanecido en una esquina afilándose una uña contra la rodilla- Tú. -se miraron con odio- Cógela.

Clawer se la arrebató sin pensárselo dos veces.

Lucille se dirigió al balcón. Al pasar al lado de Senda le susurró <<No te ofendas, pero no puedo confiar en ti ahora.>>

Salió.

Ya en el balcón, Lucy subió a la barandilla de un ágil saltito.

-¿Por qué? -la brujita le había seguido hasta el exterior- ¿Por qué no te la quedas tú?

Meyko se lo pensó... se lo había pensado toda la noche y lo tenía bastante claro, ahora trataba de encontrar las palabras. Creyó que las tenía y habló:

-Hace tiempo pensé que podía usar el poder de la tabla sin consecuencias... No. - se corrigió- En realidad sabía que sí habría consecuencias, sabía que las fuerzas que iba a oponer eran demasiado poderosas como para que no las hubiese.

>>Estaba segura de ello. Sabía que desataría algún tipo de poder o de desequilibrio. El asunto era... que me daba igual. No había nada ni nadie que me importase; por un lado estaba el mundo, y por el otro yo. Yo velaba por mí, que velase el mundo por sí mismo.

Lithiel sintió una repentina empatía con aquella mujer. No pudo evitar profesarle pena y simpatía. ¿Qué le habría sucedido que le había llevado a sentirse así?

-Y posiblemente hasta hace poco... -pensó en Panov, pensó en que le había guiado en la dirección correcta y que se había debido a algo- Hasta hace poco lo habría hecho igual.

>>Pero estoy empezando a conocer esta ciudad. Es un lugar especial, Lithiel, representa algo que nunca creí posible. Quiero aprender más de ella y voy a darle una oportunidad.

>>Para eso, tengo que alejarme de la tabla, si tengo ese poder, tarde o temprano lo usaré, no voy a engañarme con eso.

Cuatro pasitos cortos le llevaron al borde del balcón. Se volvió a la bruja y añadió:

-Pero no te fíes. Quizá yo sea la primera que intente robárosla. -sonrió.

-Entonces yo estaré aquí para detenerte.

Meyko dio un saltito atrás y desapareció en el vacío.

**FIN**